

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

SAN JUAN DE SAHAGÚN, PREDICADOR DE DIOS

LIMA – PERÚ

SAN JUAN DE SAHAGÚN, PREDICADOR DE DIOS

**Nihil Obstat
P. Ignacio Reinales
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta**

**Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)**

**ÁNGEL PEÑA O.A.R.
LIMA – PERÚ**

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Ambiente histórico. Sus padres y hermanos.

Infancia y adolescencia.

Burgos. Colegio san Bartolomé.

Grave enfermedad.

Religioso agustino.

Vida y virtudes.

Dones extraordinarios

La misa. Milagros en vida.

Odios y venganzas.

Predicador de Salamanca.

Salvado por Dios. La paz.

Su muerte.

Milagros después de su muerte.

Voto de Salamanca.

Traslados de sus restos.

Beatificación y canonización.

Su culto.

Reflexiones.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Este libro trata sobre la vida del gran taumaturgo san Juan de Sahagún, un santo agustino del siglo XV, que destacó por el don de predicar hasta el punto de sufrir persecuciones y hasta la muerte por decir siempre la verdad. Su predicación se desarrolló, sobre todo, en la ciudad española de Salamanca y sus alrededores. Eran tiempos de bandos, luchas fratricidas, que enlutecían la ciudad Y nuestro santo logró que pudieran reconciliarse y firmar la paz.

Otra característica especial de su vida fue su gran amor a la Eucaristía. Cuando celebraba la misa, lo hacía con tanto fervor y recogimiento que todos quedaban admirados. En la Eucaristía veía a Jesús, rodeado de ángeles, y Dios le comunicaba secretos insondables, que era incapaz de expresar con palabras.

Después de muerto, Dios hizo por su intercesión tantos milagros que la ciudad de Salamanca y de Sahagún lo nombraron su patrono.

El padre Juan de Sevilla, su primer biógrafo, recogió testimonios de los que lo conocieron y escribió su vida, anotando muchos milagros de los que fue personalmente testigo en la tumba del santo en el convento de Salamanca.

Nota.- Me he permitido cambiar algunas palabras del texto original del siglo XV, escritas por el padre Sevilla, para hacer más inteligible el texto, pero sin cambiar el sentido.

AMBIENTE HISTÓRICO

Hacia fines del siglo III, el centurión romano san Marcelo sufrió martirio en Tánger (Marruecos). De sus doce hijos, dos también sufrieron martirio por ser cristianos. Eran san Facundo y san Primitivo, que fueron mártires cerca de la actual Sahagún, donde nació nuestro santo. El sepulcro de estos santos fue muy venerado durante siglos y, en ese lugar, el año 883 se fundó una abadía benedictina que dio lugar a una villa llamada san Facundo, san Fagunt o Sahagún. La abadía se llamaba de san Facundo y san Primitivo o también de los *Domnos sanctos* (señores santos). En tiempos de nuestro santo, siglo XV, gozaba de gran esplendor. Tenía privilegios de los Papas y, entre estos, estaba el poder contar con Estudios generales. Era una especie de universidad. Y llegó a ser la primera y más importante abadía benedictina de España. El monasterio tenía extensos territorios en propiedad y en sus aulas se daban clases de latín, gramática, arte y teología, especialmente.

Con los años, fue decayendo hasta que desapareció como tal el año 1835 con la desamortización de Mendizábal y la supresión de las Órdenes religiosas. El gobierno la vendió al mejor postor que la destruyó para aprovechar hasta los ladrillos. Hoy sólo quedan algunos vestigios como una de las torres de la monumental basílica, llamada torre del reloj, la capilla de san Amancio, la puerta de fray Miguel Echano y el llamado actualmente Arco de Sahagún. Todos los documentos de su famosa e importantísima biblioteca, con sus obras de arte, fueron confiscados y llevados al archivo histórico nacional o a los museos de Madrid y León. Pero muchos documentos se encuentran en lugares desconocidos y en casas particulares, pues fueron vendidos sin escrúpulos.

En cuanto a Salamanca, ciudad en la que nuestro santo desarrollará su gran labor pastoral y pacificadora, tenía la famosa universidad, la más famosa de España. Esta universidad había sido fundada en 1220 por el rey Alfonso IX, con aprobación pontificia y teniendo como origen la escuela catedralicia de la ciudad. Desde el principio, fue apoyada por los reyes, los Papas y los obispos. Allí, además de los Estudios generales del trivium (gramática, retórica y lógica) y del cuatrivium (aritmética, geometría, música y astronomía), había en el siglo XV veinticinco cátedras: dos de medicina, seis de cánones, cuatro de leyes, una de astronomía, otra de música, tres de teología, dos de lógica, otra de hebreo, otra de caldeo, otra de arábigo, otra de retórica y dos de gramática. Su mayor esplendor lo tuvo en el siglo XVI, llegando a tener setenta y cinco cátedras con seis mil alumnos, muchos de ellos extranjeros.

En esta época de nuestro santo (1430-1479) debe tenerse en cuenta la importancia de la invención de la imprenta para la difusión de los libros y de la cultura en general hacia 1440 por Gutenberg en Alemania.

Igualmente hay que recalcar que eran tiempos de guerra con los moros que dominaban todavía algunas regiones del sur de la península ibérica. El rey Juan II de Castilla (1406-1454) tomó en serio la conquista del reino moro de Granada, que completarían los Reyes Católicos en 1492. Eran tiempos en que todos los hombres hábiles debían estar preparados para la guerra, pues en cualquier momento podían ser llamados por el rey. Sin embargo, había muchos nobles que desafiaban la autoridad real y peleaban entre ellos para conseguir más poder y privilegios. Concretamente, en Salamanca, por motivos de venganzas, se había dividido la ciudad en dos bandos que se hacían continuamente la guerra entre sí. Y ahí tendrá que trabajar mucho nuestro santo para conseguir la pacificación total de la ciudad.

Estas luchas intestinas impedían la paz y tranquilidad necesarias para el estudio. Por eso, el rey ordenó que ningún hombre con armas pudiera entrar a la universidad salmantina o causar disturbios dentro de ella. Incluso, en 1421, el rey Juan II, vistas las condiciones difíciles que había, dio facultad a la universidad para *trasladarse, cuando lo estimase oportuno, a cualquier villa o ciudad de sus reinos, volviendo a ella, cuando lo juzgase oportuno*. Salamanca, en ese tiempo, parecía una plaza de armas y las casas de los principales caballeros de la ciudad eran una especie de castillos fortificados.

De todos modos, nunca cesó la actividad universitaria y nuestro santo tuvo que predicar mucho para inculcar la paz y desterrar los vicios y venganzas. Al final, lo consiguió, como veremos.

SUS PADRES Y HERMANOS

Su padre, Juan González de Castrillo, era un noble de moderadas riquezas que el año del nacimiento de fray Juan tuvo que ir a la guerra para apoyar al rey Juan II en la campaña contra los moros de Granada y participó en la victoria de Higuera del 1 de julio de 1431. Al volver a casa, después de la campaña, ya había nacido nuestro santo.

Su madre se llamaba Sancha Martínez y, no pudiendo tener hijos, acudió con su esposo a la oración, haciendo una novena a la Virgen de la Puente en su ermita que dista un cuarto de hora de Sahagún. Esta ermita se halla en el camino de Santiago que va de Francia a Compostela. La imagen de la Virgen es una talla

del siglo XII y, a lo largo de los siglos, muchos peregrinos han rezado en esta ermita. Allí también había una hospedería con un pequeño hospital para los peregrinos, donde podían descansar y curarse de sus males.

En esa ermita había canónigos regulares de san Agustín, que todos los días rezaban el Oficio divino con solemnidad. El hospital y la hospedería hace ya más de un siglo que desaparecieron, pero la ermita sigue en pie como testigo de la fe de tantos peregrinos que han rezado a su paso por ese lugar. En la actualidad, todavía se ve a los peregrinos de Santiago descansar en las praderas cercanas a la ermita.

A esa ermita acudieron sus padres para pedir a Dios que les diera un hijo; y Dios los premió, dándoles, no uno, sino siete.

El padre Juan de Sevilla, que fue Prior del convento de los agustinos de Salamanca, escribía en 1496 la primera biografía de Juan de Sahagún. En ella nos dice que entrevistó a muchos que conocieron a nuestro santo, tanto en Sahagún como en Salamanca; pero especialmente a Martín de Castrillo, hermano de fray Juan.

Escribe literalmente: Según la información que recibí de este hermano del padre bienaventurado fray Juan de Sahagún, fue hijo legítimo de Juan González de Castrillo y de Sancha Martínez, personas mucho honradas y católicos cristianos y siervos de Dios, vecinos moradores de la villa de Sahagún. Los cuales, estando mucho tiempo que no podían tener hijos y viendo su esterilidad y padeciendo mucha pena por no poder tener los hijos, para remediar sus penas y conseguir su deseo, tomaron por remedio de invocar la misericordia y clemencia de Dios. Y para ello tomaron por abogados a los santos, invocándolos y suplicándoles que rogasen por ellos y les alcanzaran de Dios que les quisiese dar algunos hijos con que mejor le pudiesen servir y honrar y ellos fuesen consolados.

Y para ser oídos y alcanzar su petición, ofrecían a Dios y a los santos muchas oraciones, iban a muchas romerías e iban a muchas iglesias y ermitas, teniendo en ellas muchas novenas. Y suplicaban a Dios que les quisiese dar hijos. Entre esas romerías e iglesias, tenían por principal devoción ir a una ermita que está fuera de la villa de Sahagún, en el camino francés, que se llama santa María de la Puente. Y continuando con esta devoción de visitar esta ermita, merecieron ser oídos y alcanzar todo lo que pedían.

La dicha Sancha Martínez se halló y sintió preñada y, a su tiempo, parió un hijo al cual en el bautismo le pusieron por nombre Juan, porque era el

primero y porque así llamaban a su padre. Y, después de él, Dios clementísimo quiso darles otros tres hijos varones y tres hijas. Los nombres de los cuales son... una hija a la que llamaron María en su bautismo; la cual, después de criada, casaron con un hidalgo llamado Hernando de la Llama, cuyo hijo es fray Bernardino, fraile de san Jerónimo en Montamarta. Y, después de María, tuvieron otro hijo llamado Hernando de Castrillo, que fue monje de san Benito de Sahagún y fue Prior de la casa de Villanueva de san Mancio y después abad de san Andrés de Espinareda y obispo de Granada, siendo de moros. Y después tuvieron otra hija llamada Juana, a la que casaron en su tiempo con un hidalgo llamado Lope de Peñalosa, que al presente mora en la villa de Alcón. Después tuvieron otro hijo llamado Luis, que vivió poco tiempo. Después tuvieron otra hija, cuyo nombre se me olvidó de escribir. Después de esta hija, tuvieron al sobredicho Martín de Castrillo, del que recibí esta información, que vivía en la villa de Sahagún y era hombre muy honrado...

Y el dicho Juan González de Castrillo (al morir su esposa), hallándose viudo con necesidad de casarse, se casó con otra mujer en la que tuvo dos hijas; a una de las cuales llamaron Inés, que se casó con Sancho de Castellanos, vecino de la villa de Sahagún; y la otra hija se llamó Catalina González, que se casó con otro hidalgo llamado Sancho Herrezuelo, vecino de la villa de Sahagún y que a la sazón era alcalde de Sarria¹.

INFANCIA Y ADOLESCENCIA

San Juan de Sahagún nació en Sahagún (Provincia de León-España), probablemente el 24 de junio de 1430, fiesta de san Juan Bautista, pero no es un dato seguro y hay discrepancia entre los autores tanto en cuanto al día como en cuanto al año. Actualmente, la casa en que nació es una capilla en su honor.

Desde muy niño, dio muestras de inteligencia y aptitud para los estudios. Era un alumno modelo. No le gustaban los juegos violentos ni la indisciplina de sus compañeros. Y procuraba poner paz entre ellos, cuando tenían altercados, exhortándolos a ser obedientes y estudiosos.

El padre Sevilla dice que sus padres *con el gran amor que le tenían, luego le pusieron a la escuela, donde le enseñaron a leer y escribir. Y, después de esto, le pusieron a la escuela de gramática. Él aprendía mucho y se le daba mucho la*

¹ Sevilla Juan de, *Vida del santo fray Juan de Sahagún*, transcrita por Tomás de Herrera en *Historia del convento de san Agustín de Salamanca*, 1645, pp. 58-59.

ciencia. Y continuando su estudio en el tiempo de su niñez, mostraba mucha devoción y se daba al servicio de Dios en muchas oraciones y ayunos... Y, siendo niño, entre todas sus devociones y señales que mostraba, acostumbraba subirse en los poyos delante de otros muchos niños y allí les predicaba, exhortándoles mucho a que no pecasen ni robasen, sino que sirviesen a Dios². Tenía madera de predicador.

Sus padres, para que Juan continuara sus estudios, lo pusieron en la famosa abadía benedictina de Sahagún con el propósito de seguir los estudios eclesiásticos en vista al sacerdocio, hacia el que mostraba clara inclinación. En la abadía estudió latín y otras materias, comprendidas con el título de Humanidades, destacándose entre sus compañeros por su espíritu de piedad y su amor a Dios.

Cuando recibió la tonsura y las órdenes menores, su padre consiguió del abad una rectoría en el pueblo de Codornillos para así tener dinero para poder continuar sus estudios. Como no era sacerdote, su principal labor era dar el catecismo a los niños y predicar a los mayores, pero no podía celebrar misa. Para lo cual, su padre contrató a un capellán.

Dice el padre Sevilla: *El padre le procuró un beneficio curado de un lugar llamado Codornillos con cargo de almas. Y el Padre puso un capellán que sirviese el beneficio, pero el padre llevaba la renta del beneficio. Y creciendo más en edad el bendito padre Sahagún y teniendo edad competente... dijo a su padre: “Señor, tener cargo de almas me parece cosa contra la conciencia. Por amor de Dios, demos este beneficio a alguien que lo necesitará más y que sea persona pobre y dé buena cuenta de él”³.*

Nuestro Juan sintió que iba contra su conciencia el tener un oficio de cura de almas, que incluía confesar y celebrar misa etc., y él no podía. Le parecía injusto cobrar toda la renta y darle una parte al capellán, aprovechándose así de su cargo injustamente. Por eso, se opuso y su padre tuvo que ceder.

² Ib. p .59.

³ Ib. p. 59.

BURGOS

Su padre y su tío Alfonso buscaron una solución, hablando con el obispo de Burgos, para que pudiera continuar allí los estudios eclesiásticos a su lado. El obispo de Burgos, don Alfonso de Cartagena, era un ilustre varón en sabiduría y santidad. Varias veces había ostentado el cargo de representante del rey de Castilla y fue embajador ante el concilio de Basilea (1431-1449). Nuestro Juan fue a vivir a su lado como paje o ayudante, pero el obispo, al ver su ciencia y su fervor, lo descargó de servicios menores y lo tomó como secretario particular, para que le ayudara en todo, especialmente en el rezo en común del Oficio divino. Lo nombró camarero, ayudante personal, en compañía del abad de Cervatos, que era el primer camarero del obispo.

Estando en Burgos, siguió Juan preocupándose de sus estudios, sobre todo de Sagrada Escritura y de los Santos Padres. Y, al llegar el momento oportuno, el obispo le confirió las órdenes sagradas y lo ordenó de sacerdote.

Una vez ordenado sacerdote, el obispo le nombró canónigo de la catedral y le concedió las rectorías de Tañebuis y Villadiego para que tuviera algunos ingresos con que sustentarse. También el abad de Sahagún le concedió una rectoría y dos capellanías; la primera, dotada de 20.000 maravedises; y las otras dos, de 15.000.

Su familia estaba contenta al ver cómo progresaba, pero la mayor parte de sus ingresos los empleaba para ayudar a los pobres y no a su familia. Los testigos del Proceso de su beatificación dicen que *no gastaba nada para su delicia y comodidad. Todo lo empleaba en acallar suspiros y enjugar lágrimas.*

Juan era un buen sacerdote y estaba demasiado atareado con ser canónigo y tener tres rectorías y dos capellanías. Él quería estar libre para dedicarse más a la oración y al estudio. Por eso, renunció a estos cargos y se contentó con que el obispo le diera la rectoría de la iglesia de santa Águeda o santa Gadea. Esta iglesia se había hecho famosa, porque en ella los nobles hidalgos de Castilla, cuando querían descargar su conciencia bajo el peso de alguna calumnia, allí pronunciaban su juramento de inocencia, poniendo a Dios por testigo. En esa misma iglesia, el año 1071 ó 1072, el Cid campeador le exigió al rey Alfonso VI el juramento de no haber tomado parte en la muerte alevosa de su hermano don Sancho, lo que aumentó la celebridad de esta iglesia.

En esa iglesia pobre celebraba cada día la misa y allí se recogía para orar y estudiar, dedicándose a su misión favorita: predicar. Sentía dentro de sí como un fuego interior que no lo dejaba callarse y necesitaba desahogarse, hablando de

Dios a las gentes para que enmendaran su vida y lo amaran con todo su corazón. Ya desde que llegó a Burgos se hizo conocido por sus predicaciones.

El Padre Sevilla escribe: *En esa iglesia (santa Gadea) decía misa cada día y comenzó a predicar la palabra de Dios. Tenía gracia en predicar de modo que todos se holgaban (alegraban) de oírle e iba a su predicación toda la ciudad. Y continuando con tan santo ejercicio (de la predicación), viviendo pobremente en aquella iglesia y ciudad de Burgos, determinó de irse a Salamanca al estudio*⁴.

Su deseo de irse a Salamanca a estudiar obedecía a su deseo de estar mejor preparado para predicar, no sólo al pueblo humilde, sino también a la gente culta. Es por esto que, estando en Burgos, se compró un famoso Compendio de Moral, llamado *Suma Bartolina*, escrita por Bartolomé de Pisa hacia el año 1338.

En este libro escribió de su puño y letra en latín: *Compré este libro en el mes de mayo de 1456 de los frailes de san Pablo del monasterio de Burgos. Di los dineros al maestro Pedro Librero. Costó mil maravedises, los cuales le di en florines reales y un dinero... en su casa dentro de su celda*⁵.

Probablemente, el obispo lo retuvo un tiempo, porque lo quería mucho, pero esta situación duró poco ya que el obispo murió a los 71 años, cuando regresaba de una piadosa peregrinación a Compostela en la villa de Villasandino, el 22 de julio de 1456. Lo sepultaron en la capilla de la Visitación de la catedral de Burgos. Su mausoleo, con su estatua yacente, es una de las joyas admirables de la catedral.

Muerto el obispo, esperó hasta obtener el permiso del vicario general o del nuevo obispo. Se sabe que en febrero de 1457 estaba todavía en Burgos, pues escribió en la *Suma Bartolina*: “El lunes 17 de febrero de 1457 salió el rey y la reina de Burgos”. También sabemos que se inscribió en la universidad de Salamanca en el curso de 1457.

⁴ Ib. p .60.

⁵ Herrera Tomás, *Historia del convento de san Agustín de Salamanca*, cap VII, Madrid, 1652, p. 43.

COLEGIO SAN BARTOLOMÉ

Llegado a Salamanca, se fue a vivir a la casa de un canónigo conocido y se dedicó especialmente a la predicación y al estudio. Un día de enero de 1458, como tenía fama de buen predicador, fue escogido para celebrar la fiesta de san Sebastián en la parroquia del mismo nombre. A esta fiesta asistían todos los años los estudiantes del Colegio universitario de san Bartolomé. El rector y los estudiantes de san Bartolomé salieron encantados y lo invitaron a ingresar al Colegio en calidad de capellán interior. Él lo agradeció, aceptando el nuevo cargo, pues allí tenía un lugar tranquilo para el descanso, con todos los gastos pagados, y un ambiente apropiado para el estudio con una magnífica biblioteca.

En las Crónicas del Colegio viejo de san Bartolomé está escrito: *Juan González de Castrillo, alias de Sahagún, canónigo de Burgos, catedrático de Escritura, hermano del padre Fernando de Castrillo del Orden de san Benito, arzobispo de Granada, cuando aún era poseído de moros, en tiempo de Enrique IV y de Fernando el Católico*⁶. También se consignó que había escrito los siguientes libros: *Confessionum, Super Summa Bartholinam e In Biblia marginalium notarum*. De ellos sólo se nos ha transmitido el último, que el padre Tomás de Herrera transcribió en su Historia del convento de san Agustín de Salamanca.

Observemos que en las *Crónicas* se dice que fue catedrático de Escritura. Algunos autores lo ponen en duda, porque no tenía tiempo para ello, pero el hecho es que, después de su muerte, la universidad decidió celebrar su fiesta todos los años, poniendo por motivo que había sido ilustre profesor de la misma. Quizás no lo fuera a tiempo completo y sólo lo fue por pocas horas y por poco tiempo.

El Colegio de san Bartolomé se hizo famoso en toda España por las figuras ilustres que salieron de él, a pesar de que sólo contaban con 15 estudiantes escogidos. Debían tener al menos 20 años y llevar vida ejemplar. Debían ser pobres o, al menos, no tener renta señalada. Se excluían descendientes de judíos o moros. En el Colegio llevaban una vida de estricta disciplina. Todos los días oían misa al amanecer y rezaban el Oficio de difuntos. Dos veces al día debían confesarse. Comían juntos en silencio, oyendo la lectura de algún libro piadoso. Y dentro del colegio hablaban siempre en latín.

⁶ Vergara Francisco Ruiz, *Historia del Colegio viejo de san Bartolomé*, Madrid, 1661, tomo I, cap XX, p. 155.

Entre los hombres famosos que salieron de él están los cardenales Martín Siliceo, López de Mendoza y Deza; el inquisidor Valdés, La Gasca (Presidente de la Audiencia de Lima y pacificador del Perú), el diplomático conde de Peñaranda y otros muchos. De modo que el cardenal Cisneros, en la reforma del Colegio de Alcalá de Henares, lo hizo a ejemplo del de san Bartolomé. En España se hizo famosa la frase: *Todo el mundo está lleno de bartolomicos*.

De su estancia en el Colegio, los historiadores del Colegio, Ruiz de Vergara y el marqués de Alventos, refieren que un día Dios quiso consolar milagrosamente a su gran amigo Juan de Sahagún. Después que todos fueron a sus celdas a dormir, Juan se acordó que no había rezado ese día el Oficio divino. Tomó el breviario y fue a buscar una luz, cuando advirtió que por la ventana entraba un chorro de luz que lo inundó de claridad y alegría. Y así pudo rezar el Oficio con mucha alegría y júbilo. Desde el ramaje de un ciprés parecía que un ángel le enviaba aquella luz milagrosa.

Este hecho dio pie a representarlo en el Colegio de san Bartolomé con un ciprés luminoso. Y sucedió que durante mucho tiempo el árbol de la maravilla se conservaba con respeto y veneración y, cuando estaba viejo, la gente recogía astillas para convertirlas en reliquias o imágenes del santo.

Los citados autores cuentan que, cuando fue derribado por una pared ruinosa, de él floreció un vástago que fue tenido con igual veneración. También hablan estos autores de un olivo que una vez, al pasar el santo, le hizo una especie de reverencia. Recordando este hecho, los estudiantes se descubrían la cabeza al pasar ante él. Al menos, estos hechos quedaron escritos en la historia del Colegio y quedaron como tradiciones venerandas, entre aquellos estudiantes universitarios.

En el *Memorial* antiguo del Colegio de san Bartolomé escribe Ruiz de Vergara sobre nuestro santo: *Canonista, fue electo en esta santa casa el año de 1450, el 25 de enero. Fue capellán de dentro. Y, aunque los capellanes de dentro ni fuera no se acostumbran escribir en esta Crónica de los colegiales, pero este varón de Dios, por su santidad, fue cosa conveniente y razonable fuera escrito en este Colegio*⁷.

El marqués de Alventos, continuador de Ruiz de Vergara, escribe en el libro antiguo llamado "*Crónica de los colegiales*": *Aunque los capellanes interiores y exteriores no se acostumbran escribir en este libro, se ha tenido por oportuno el escribir también en él a este varón por la santidad de su persona...*

⁷ Ib. tomo I, p. 149.

Fue esclarecido en milagros y, cuando oraba, fue visto muchas veces elevado de la tierra. Está sepultado en el monasterio de san Agustín de Salamanca.

El padre Sevilla nos dice que, *venido a la ciudad de Salamanca, siendo clérigo, tomó a cargo el ser capellán del Colegio de san Bartolomé donde continuó a decir misa cada día y continuaba la predicación, estando en su hábito honesto de clérigo, predicando en la ciudad y por sus iglesias. Continuaba el estudio, oyendo lecciones y aprovechando el estudio. Y después que pasó un tiempo de estudio y se halló con algunas letras y recibido el grado de bachiller, como su deseo fuese tomar el estado de mayor perfección donde más y mejor pudiese servir a Dios y ejercer la predicación, llamado por Dios a cosas mayores, determinó tomar la Religión (Orden) y hábito de N.P. san Agustín⁸.*

Parece que estuvo de capellán del Colegio unos tres años, a la vez que estudiaba en la universidad y seguía predicando por todas las iglesias. Pero, al ser nombrado predicador oficial de la ciudad por este tiempo, ya no podía seguir las estrictas normas del Colegio y, para tener más libertad de movimiento, renunció a la capellanía y se fue a vivir a casa del virtuoso canónigo Pedro Sánchez, teniendo ya asegurada su manutención con una pensión de 3.000 maravedises, que las autoridades de la ciudad le habían asignado como predicador oficial.

GRAVE ENFERMEDAD

De pronto, su actividad se vio paralizada por la grave enfermedad del mal de piedra (cálculos biliares). Sus dolores eran muy intensos y llegó a temer por su vida. El último recurso que le recomendaron los médicos era una arriesgada operación que, en aquellos tiempos, era a vida o muerte. Confiando en Dios, se preparó para hacer su voluntad, ofreciendo su vida por los demás. Pero Dios tenía otros planes y los doctores, Medina y Recio el viejo, realizaron la operación con éxito, aunque tuvo que estar un buen tiempo en recuperación.

Algunos creen que hizo un voto de que, si sanaba, entraría en una Orden religiosa para dedicarse más a la oración. Lo cierto es que mientras estaba en recuperación, Dios se le manifestó de modo extraordinario. Un día vio a un pobre, muy pobre, y quiso ayudarlo, dándole uno de sus vestidos. Dudó si darle uno de entre semana, de color pardo, o el azul de los días de fiesta. Por fin, le dio el vestido de fiesta. Aquella noche su alma se vio inundada de gran alegría y, al amanecer, se fue a llamar a las puertas del convento de san Agustín, queriendo ser religioso agustino.

⁸ Sevilla, o.c., p. 60.

En una ocasión, recordando aquella noche, dijo sencillamente: *Lo que pasó aquella noche entre Dios y mi alma, Él solo lo sabe y luego, a la mañana, me fui a san Agustín y, alumbrado del Espíritu Santo, recibí este hábito*⁹.

RELIGIOSO AGUSTINO

El padre Juan de Sahagún escogió el convento de san Agustín para ser religioso. Ciertamente, no fue al azar. El convento de san Agustín de Salamanca resplandecía entonces con personajes de gran virtud y ciencia. Este convento fue el primero de España entre los agustinos, como modelo de observancia y de cultura. El padre Enrique Flórez sitúa su fundación hacia el año 1202. El padre Basilio Estrada cree que ya existía en 1166. Pero, sea lo que fuere, lo cierto es que a san Juan de Sahagún le precedieron y le sucedieron ilustres varones, gloria de la Orden, en ese convento de Salamanca. Le precedió el padre Juan de Salamanca, que fue su Prior y llegó a ser Vicario general de la Orden, y el padre Juan de Arenas, su maestro de novicios, con fama de santo. Le sucedió el padre Juan de Sevilla, que escribió su vida y llegó a ser también Vicario general de la Orden, y de quien dijo el Papa Clemente VIII: *También podíamos canonizar al padre fray Juan de Sevilla, como al padre fray Juan de Sahagún*¹⁰.

Otro santo varón fue fray Martín Alfonso de Córdoba, celebrado por su sabiduría y gran catedrático de la universidad de Salamanca. Otros son: Juan de Alarcón, Francisco de la Cruz, Luis de Montoya, Martín de Rada, Rodrigo de Solís, Agustín de la Coruña, santo Tomás de Villanueva, san Alonso de Orozco, Pedro de Aragón, Luis de León, Basilio Ponce de León, Lorenzo de Villavicencio, Agustín Antolínez, arzobispo de Santiago de Compostela, y otros muchos que destacaron como profesores de la universidad, especialmente en Sagrada Escritura.

Nuestro santo, en el momento de recibir el hábito agustiniano, tenía 33 años y ya era una eminencia como predicador oficial de Salamanca. Tuvo como maestro de novicios a un hombre muy virtuoso, el padre Juan de Arenas. Durante el año de noviciado, tuvo cuatro compañeros y a él le tocó el cargo de refitolero o encargado del comedor. Durante este cargo, todos los biógrafos narran un suceso milagroso.

⁹ Antolínez Agustín, *Vida de san Juan de Sahagún*, Salamanca, 1605, pp. 66 y 74.

¹⁰ Luna Pablo, *San Juan de Sahagún*, Ed. Revista Agustiniiana, Madrid, 1998, p. 77.

Veamos cómo lo narra el padre Manuel Vidal, que fue Prior del convento y maestro de Teología y Artes, además de catedrático de Teología moral en la universidad. Él lo relata según lo certifican algunos testigos en el Proceso de su beatificación. Aquel año *era falto de vino, no había más vino en aquella pobre casa; y el refitolero sirvió vino de la cubeta durante todo el año, cuando apenas había para unos días... hasta que en la tierra hubo abundancia de vino. Esta maravilla espantó mucho a los religiosos del monasterio que, por los méritos de este bendito varón, quiso remediar Dios la pobreza de la casa*¹¹.

El padre Sevilla dice sobre su año de noviciado que, *recibido el hábito, vivió tan santamente y con tanta honestidad y humildad y era tan grato a todos que todos lo miraban como a un padre y como a su propio Prelado (Superior)*¹².

Terminado el noviciado, hizo su profesión perpetua y solemne el 28 de agosto de 1464. La fórmula, escrita en latín de su puño y letra, traducida al español es así: *Yo, fray Juan de Sahagún, bachiller en santa Teología, testifico y confieso por la presente letra que por cuanto el tiempo de mi probación desde mi entrada en esta sagrada Religión y Congregación de la observancia de la Orden de los frailes ermitaños del santísimo doctor Agustín, padre nuestro, se ha cumplido, es mi voluntad y determinación, permanecer y perseverar con el favor de Dios y con su gracia en la sobredicha observancia de la religión a gloria y honra de Dios, y a su servicio, y hacer expresa profesión en esta Congregación de la observancia.*

Por tanto, yo, el sobredicho fray Juan de Sahagún, bachiller, hago expresa profesión y prometo obediencia a Dios todopoderoso y a la bienaventurada gloriosa y siempre Virgen María y al bienaventurado y glorioso doctor de la Iglesia san Agustín, nuestro padre, y a Vos, reverendo padre Juan, bachiller en Decretos, nuestro Prior de este monasterio o convento de san Agustín de la ciudad de Salamanca, en nombre y vez de nuestro reverendísimo padre Prior general de toda la Orden de los frailes ermitaños de san Agustín y de sus sucesores, y de vivir sin (nada) propio y en castidad en la observancia regular según la Regla de nuestro beatísimo padre san Agustín todos los días de mi vida hasta la muerte. En testimonio y fe de todo lo cual, lo firmo en mi nombre. Y ruego a Vos, reverendo padre Prior de este convento, que me aceptéis esta mi profesión y la firméis de vuestro nombre y de otro de los padres que están presentes. Amén. Hecha el 28 de agosto en la fiesta de Nuestro Padre san Agustín. Año 1464.

¹¹ Vidal Manuel, *Agustinos de Salamanca*, tomo I, libro I, Salamanca, 1751, p. 58.

¹² Sevilla, o.c., p. 60.

*Firman: fray Juan de Salamanca, prior; fray Juan de Arenas, maestro de novicios; fray Juan de Sahagún, bachiller en teología*¹³.

VIDA Y VIRTUDES

A los ocho meses de su profesión solemne, fue nombrado maestro de novicios, por su vida ejemplar y teniendo en cuenta que ya era sacerdote. El 5 de mayo de 1471, en el capítulo provincial de los agustinos de Castilla, celebrado en Villanubla, cerca de Valladolid, fue nombrado Prior del convento de san Agustín de Salamanca, sucediendo al padre Juan de Salamanca, que le había dado el hábito y había recibido su profesión, el cual había sido elegido Vicario general de los agustinos españoles.

Estos eran los años en que más se dedicaba a la predicación y en que estaban con más fuerza las luchas intestinas de los bandos en Salamanca. Por eso, mucha parte de la carga de Prior la descargaba en el vicedprior para poder tener cierta libertad de movimiento y cumplir su oficio de predicador oficial de la ciudad.

El padre Sevilla añade sobre su nueva vida: *Según fui informado y supe de personas religiosas dignas de fe, que le confesaban y le acompañaban y andaban con él, así en el convento como por los caminos, este bienaventurado padre, después que fue profeso, continuó esta forma de vivir... Su vida y conversación fue tan santa y de tanta estima que para todos era ejemplo para mostrarse cómo habían de vivir. En cuanto a sí mismo era muy estrecho (delicado) de conciencia. Primeramente, era tan escrupuloso que, cuando salía fuera, al volver a casa, luego se confesaba. Jamás se acostaba sin que primero se confesase. Lo mismo hacía cuando se levantaba... Tanto importunaba a los sacerdotes que le confesasen que algunos lo acusaban en capítulo (reunión), porque se acostumbraba a confesar tantas veces*¹⁴.

San Alonso de Orozco dice sobre la confesión diaria de san Juan que el santo les decía a sus confesores: *Yo suplico a los padres confesores que me perdonen, porque no puedo más. Mi alma descansa en la confesión, porque no sé si soy digno de aborrecimiento o de amor delante de Dios. Y pues la penitencia es camino cierto para el cielo, uso de ella para el cielo. Uso de ella muchas veces pare asegurar mi salvación*¹⁵.

¹³ Antolínez, Agustín, *Vida de san Juan de Sahagún*, Salamanca, 1600, pp. 91-94.

¹⁴ Sevilla, o.c., p. 61.

¹⁵ Tomado de Vidal Manuel, *Agustinos de Salamanca*, Salamanca, 1750, tomo I, p. 59.

Su delicadeza de conciencia era extrema. *Un día, viniendo por un camino con unos religiosos y tomando ellos de encima de un vallado una piedra, trayéndola consigo, después que ya habían pasado más de una legua, viniendo él a saber que habían tomado aquella piedra, no quiso andar más hasta que tornaron a llevar la piedra de donde la tomaron. Esto mismo sé por cierto según me contó un boticario que se decía bachiller Sepúlveda. Jamás se quiso poner en una lлага que tenía en la pierna un poco de Diapalma que le envió un criado suyo hasta que personalmente le pidió licencia para usar de ella. Y de semejantes cosas hallamos y sabemos de él muy muchas. Por eso, podemos conocer que era muy estrecho (delicado) de conciencia.*

En cuanto a sus Prelados (Superiores), fue siempre muy obediente y estimaba mucho la obediencia. Jamás hallaron que quebrantase obediencia alguna. Para confirmar esto, me contó Martín de Castrillo, su hermano, que habiendo ido a visitarlos a su tierra no tenía tan larga licencia (permiso), como era necesario para hacer lo que debía. Acordó de enviar al Vicario por más licencia, pero como el mensajero tardase y se terminó el permiso, se encerró en una cámara (habitación) desde la hora en que se cumplió y acabó el permiso; y no quiso hablar más con persona alguna hasta que le trajeron otra licencia. Y estuvo dos días naturales, día y noche, que no comió ni bebió ni quiso hablar a nadie ni le pudieron ver hasta que llegó la otra licencia¹⁶.

En cuanto a su conversación con los religiosos, era muy grato y muy humilde con todos y a todos trataba con mucha reverencia y acatamiento. Y si sentía que alguno se enojaba con él, se hincaba de rodillas y le demandaba perdón y no se quería levantar hasta que lo perdonaba y le dejaba alegre y en paz. Y si le decían palabras ásperas o injuriosas, nunca jamás se alteraba ni mostraba enojo por ello; todo lo recibía con rostro alegre y con mucha paciencia. No se hallará persona que de él diga que lo vio alterado y pueda mostrar una sola impaciencia.

Una vez, pasando por el monte de Madrigal con otro religioso llamado Pedro de Monroy, les salieron unos ladrones y les robaron todo lo que llevaban, hasta los breviarios, y los injuriaron mucho. Y, después de pasados algunos días, estando el padre fray Juan de Sahagún en el convento de N.P. san Agustín confesando al confesionario, vino allí uno de aquellos que le habían robado, declarándole la necesidad que tenía. Lo cual oído por el padre fray Juan, callando y encubriéndose de él, sin decir que él era a quien había robado, confortándolo mucho y amonestándolo para que no hiciese tal cosa, tomó un

¹⁶ Ib. p. 61.

compañero y se fue por la ciudad a pedir limosna para remediarle. Y así lo hizo, pues le remedió el alma y le remedió en cuanto a la necesidad en que se hallaba; Y lo envió así, remediado y consolado. Y de estas tales cosas sabemos muy muchas que le acaecieron, por donde podemos saber afirmar su mucha paciencia y su sufrimiento que conservó en esta vida mortal.

Su oficio no era otro salvo visitar a las personas viudas y menesterosas y a los enfermos y a los que padecían menguas (necesidades) y aflicciones; a los que consolaba con palabras muy dulces y sabrosas. Y andaba por la ciudad importunando a los que podían para que le diesen limosnas; y así los remediaba en las necesidades y aflicciones que padecían. En las fiestas y domingos, visitaba los hospitales y las casas de los pobres y pedía limosnas para ellos y así los remediaba y consolaba¹⁷.

DONES EXTRAORDINARIOS

Dios le concedió dones sobrenaturales para poder desempeñar bien su ministerio de la palabra, a la que había sido destinado de modo especial.

Tuvo el don de profecía. Un día, predicando, profetizó su propia muerte. Dijo: *Alguien está aquí que, antes de un año morirá. Vosotros decís que predica bien fray Juan de Sahagún, pues yo os digo que antes de diez años predicará mejor. Todos entendieron que se refería a sí mismo¹⁸.*

Acaeció un día que salieron por la ciudad de Salamanca y, como fuese su fama grande, todos los que lo veían le besaban el hábito y la mano. Y entre otros... fue una dueña honrada, la cual le pidió la mano, pero él no se la quiso dar. Y ella, turbada, le dijo: “Padre, ¿por qué hace esto conmigo?”. Respondió: “No quiero dártela, porque tienes el demonio en el cuerpo”.

Ella se turbó y disimuló por entonces. Y, despidiéndose de él, aguardó para cuando volviese al monasterio. Y preguntando al portero por él, él bajó a hablar y arrodillándose la dueña a sus pies, le pidió con palabras de mucha humildad le declarase cómo tenía el demonio en el cuerpo o qué pecado había hecho, ofendiendo a Dios, para que le viniese tanto mal.

El siervo de Dios le dijo: “Yo sé que tienes determinado matar una hija tuya que está preñada de cierto hombre; y pues el demonio te ha puesto ese mal

¹⁷ Ib. p .62.

¹⁸ Cámara y Castro Tomás, *Vida de san Juan de Sahagún*, Salamanca, 1891, p. 214.

pensamiento, deséchalo de ti y no hagas tal cosa, porque te hago saber que ella parirá un niño y aquel hombre se casará con tu hija. Y esto tenlo por cierto. Y para señal de esto sabe que tendrá otro hijo de ella. Cuando oyó esto la mujer, quedó espantada y, no queriendo negar su mal propósito, confesó su pecado. Y después acaeció todo según se lo dijera el santo varón¹⁹.

El padre Antolínez afirma que *estaba en el coro como un ángel encendido en amor al Señor con quien hablaba con tanto espíritu que causaba devoción muy grande en quien lo veía de la suerte que allí estaba como se dice en el Proceso de su beatificación²⁰.*

En una ocasión, después de visitar a las agustinas de Madrigal, quedaron admiradas de sus misas tan llenas de ternura y devoción y hasta lo vieron elevado y suspendido en el aire²¹.

Por eso, no es de extrañar que el diablo estuviera celoso de su santidad y procurase estorbar su oración. El padre Antolínez anota en su biografía, de acuerdo a los testigos que *el diablo no lo dejaba tranquilo y con el permiso de Dios lo tentaba y procuraba distraerlo de la oración. Un día, estaba en el coro en oración y a su lado un mozo que le ayudaba como asistente. En el silencio de la noche se oían unos ruidos inquietantes. El mozo se asustó y empezó a temblar. “¿Qué es esto?”. Y el venerable religioso le contesto apaciblemente: “Calla, bobo, que no es nada”²².*

Pero lo más extraordinario era lo que le sucedía durante la celebración de la misa.

LA MISA

Celebraba la misa cada día y jamás dejaba de decir misa, salvo si no fuese impedido por algún legítimo (impedimento). Y tan devoto era que se tardaba tanto la misa que enojaba a los que le ayudaban y no hallaba quien le quisiese ayudar. Y, no hallando quien le quisiese ayudar, importunaba muchas veces al Prior para que les mandase ayudar. Los ayudadores, viendo que eran compelidos por el Prior que le ayudasen, viendo que su tardanza en cada misa era tan grande... para excusarse y librarse, tomaron por remedio de acusarlo en Capítulo (reunión de Comunidad). Dieron causa al Prior para que le pusiese

¹⁹ Román Jerónimo, *Historia de la Orden, Vida de san Juan de Sahagún*, Alcalá, 1572, p. 205.

²⁰ Antolínez Agustín, o.c., p. 20.

²¹ Cámara y Castro Tomás, o.c., p. 168.

²² Antolínez Agustín, o.c., p. 180.

obediencia y le mandase expresamente que se conformase como todos los otros sacerdotes y (el Prior) le limitó el tiempo de su tardanza. En lo que el bendito fray Juan estuvo muy afligido. Obedeció con mucha humildad los mandamientos impuestos por el padre Prior y, cumpliendo la obediencia por algunos días, volvió al Prior que le había puesto la obediencia e, hincado de rodillas con mucha humildad y reverencia, le suplicó que le levantase la obediencia. Importunado el Prior por los ruegos del bendito padre, teniéndolo como lo tenía por santo varón... le dijo: “Ahora decidme la causa por la que os tardáis tanto y, viendo la necesidad que tenéis, os levantaré la obediencia”. El padre fray Juan respondió que no lo podía decir, porque era cosa secreta y oculta. El padre Prior le importunó mucho que se lo dijese y se lo impuso por obediencia.

Y como acostumbraba a confesarse con el Padre Prior, tomó como remedio decirlo en confesión. Y sabiendo el padre Prior la causa y secreto por el que el bendito padre fray Juan tardaba tanto en las misas, luego puso obediencia a los religiosos para que le ayudasen y no le enojasen. Si antes lo tenía por santo varón, desde entonces lo tenía por más. Y como el tal secreto, habido en confesión, no lo podía manifestar..., comenzó a importunar al padre bendito para que se lo dijese en manera que lo pudiese manifestar y publicar en los tiempos y lugares y personas que sintiese aprovechaba. Y el bendito padre, con mucha humildad, sin soberbia alguna, le manifestó todo lo que en secreto le había dicho. De manera que, para loor de Dios y salvación de las almas, lo pudiese decir...

El padre Prior, como conmigo tuviese mucho afecto, tuvo a bien de manifestarme el tal secreto, diciéndomelo en la forma que se sigue: “Padre, porque sé que tendréis consolación en saber cosas del padre fray Juan de Sahagún, sabed por cierto que, compelido por obediencia que me dijese la causa de por qué se tardaba tanto en las misas, me dijo que era porque la clemencia y la bondad de Dios se le manifestaba en aquel Sacramento y le manifestaba secretos que a los hombres mortales era imposible saber por vía natural.

El mismo Dios se le manifestaba en aquel santo sacramento. Él lo veía con sus ojos. El mismo Dios encarnado hablaba con él y veía en sus pies y manos y en su sagrado costado aquellas preciosas llagas que recibió como unos luceros muy resplandecientes que daban de sí un grande resplandor, tan glorioso y tan suave y con una claridad tan maravillosa, que bastaba para sustentar a los hombres sin necesidad de comer ni beber.

Veía el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo muy resplandeciente, como el sol, y en tal manera era su resplandor que no se ocultaba su precioso cuerpo de la vista, sino que se le manifestaba con mucha gloria; en tal manera que veía

que se verificaba aquello que dice san Pedro en su carta, que Cristo es a quien los ángeles siempre desean mirar y contemplar (1 Pe 1,12).

Y como en esta vista se ocupaba y recibía mucha dulzura y mucha gloria, se le abrían más los ojos y se le manifestaba la sacratísima divinidad, el mismo Dios, uno en esencia y trino en personas; de modo que conocía y participaba del incomprensible misterio de la Santísima Trinidad: cómo el Padre engendraba al Hijo y el Hijo era engendrado del Padre; y cómo el Espíritu Santo emanaba y procedía del Padre y del Hijo...

Y vio muchos secretos en aquel santo sacramento del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Y allí aprendía y le era enseñado lo que después predicaba. Allí veía y contemplaba la milicia celestial, la Madre de Dios y los bienaventurados. Veía tales y tantos sacramentos que no les bastarán a contar todas las lenguas del mundo.

De forma que el padre Prior me dijo estas palabras formales: “Yo os digo, fray Juan (de Sevilla) que tales y tantos secretos y misterios me dijo que veía y participaba en el misterio de la misa que yo desfallecía y pensé caer en tierra muerto con mucho terror que me tomó.

Lo cual, como yo lo oyese, siendo un indigno pecador, considerando los bienes inmensos y provechosos que se siguen a los hombres mortales del oír y decir la misa, tomé por devoción de nunca dejar de decir misa y a lo menos de oírla, teniendo fuerzas y lugar para ello. Y así amonesto a todos aquellos que me oyeren y esto leyeren a honra y gloria de Dios y para consolación y provecho de las almas²³.

MILAGROS EN VIDA

Dice el padre Sevilla: “Yo fui informado personalmente de Martín Castrillo, hermano del bendito padre fray Juan de Sahagún, quien afirmándolo con juramento y firmándolo de su nombre en testimonio de verdad me certificó diciendo que, siendo tiempo de pestilencia, tenían una hija de hasta siete años; a la cual hija le dio una nascida (enfermedad). Hubo de morir y, muerta, y puesta en cama, le pusieron una cruz encima con su lumbre de cera, como se acostumbra hacer a los difuntos, entretanto le procuraban las cosas necesarias para llevarla a enterrar.

²³ Sevilla, o.c., p. 65.

En este tiempo, llegó el padre fray Juan de Sahagún con otro religioso, su compañero, que se llamaba fray Pedro de Monroy; y, entrando por la puerta, él se fue derecho al lugar donde estaba la doncella muerta sin ver ni hablar a su madre ni a sus hermanas ni a otro alguno. Y subido a donde estaba la doncella, que estaba en un entresuelo muerta sobre la cama, luego descendió a donde estaba la madre y las hermanas llorando y haciendo mucho sentimiento por la doncella muerta. Y el bendito padre fray Juan de Sahagún trajo consigo la doncella de la mano, viva y hablando con ella; la cual venía tan sana y tan buena como si no hubiera tenido enfermedad alguna. Y llegando a la madre y a las hermanas de la doncella, que estaban llorando y cosiendo la mortaja para enterrarla, les dijo: “¿Por qué os matáis? ¿Porque una muchacha se desmaye, pensáis ya que está muerta?”.

Y como la madre de la doncella ni las hermanas del bendito padre lo hubieran visto al bendito padre ni a su compañero entrar en casa... espantadas en ver obra tan maravillosa y tan manifiesta, ofrecieron muchos loores a Dios y le dieron muchas gracias por tan grande beneficio... Y esta doncella vive en el día de hoy y se llama Isabel de Castrillo, está casada con un hidalgo que se llama Pedro Vaca y vive en la villa de Sahagún en la casa de su mismo padre y tienen un hijo varón y dos hijas²⁴.

Ella dio testimonio en el Proceso de 1525 de este milagro. También certificaron muchos testigos que libró a su pueblo de Sahagún de la peste. En el *Summariium* del Proceso, se dice literalmente en latín: *Pestem a patria abegit, laetaliter vulneratum illico sanabit* (Alejó la peste de su pueblo y al herido mortalmente lo sanó en aquel lugar).

Y, sigue diciendo el padre Sevilla: *Otro día, hallándose presente Martín de Castrillo, hermano del bendito padre, dentro de su casa, y hallándose allí el bendito padre fray Juan de Sahagún, que les había ido a ver, estando de camino para volver a su convento de Salamanca, acaeció que vino a la casa un cuñado de este bendito padre que se llamaba Sancho de Herrezuelo, el cual venía a llamar al bendito padre para llevarlo a su casa para que viese a su hermana, mujer de este Sancho de Herrezuelo.*

Estando así, vino allí un tal Martín García de Guaza, que traía consigo un hijo suyo, llamado Juan García, los cuales estaban malos y discordes y casi como enemigos con el dicho Sancho de Herrezuelo sobre palabras que habían pasado en una aldea de Villedgua donde vivían todos. Y hallándose todos allí, en casa de Martín de Castrillo en Sahagún, trabaron palabras (discutieron) unos

²⁴ Ib. p. 66.

con otros hasta echar mano a las espadas. Y, apeándose Sancho de Herrezuelo de un caballo, Juan García le dio una cuchillada tan grande que le hirió en un hombro y lo mancó (dejó manco) de un brazo. A los gritos, descendió Martín de Castrillo hermano del padre Juan, y ayudando a Sancho de Herrezuelo, que ya estaba herido, dio una cuchillada a Juan García en la cabeza, tan grande que metió tanto la espada en la cabeza de Juan García que después no podía sacar la espada de la cabeza hasta que con ambas manos hizo tanta fuerza que derribó a sus pies al mismo Juan García para sacar la espada. Y tanto era el ruido y las voces que se daban que acudió mucha gente a la casa. En este tiempo, vino el padre bendito fray Juan. Y estando allí, llegó un cirujano, llamado para curar a los heridos. Después de curado Sancho de Herrezuelo, vino a Juan García que estaba herido de la cabeza y, al ver la herida mortal y que no tenía remedio, y que ya estaba sin habla y casi muerto, le apretó con un paño la cabeza y no le quiso curar, y lo dejó diciendo: “Es inútil curarlo, háganle la sepultura, que muerto es”.

Entonces, el bendito padre oyendo esto e idos todos, teniéndolo ya por muerto, tomó unas tijeras en su mano y le trasquiló la herida. Tomó un poco de aceite y unos paños, untándole la cabeza y la herida como quien ensalma. Le apretó la cabeza muy fuerte con un paño de lino y le ató muy bien con una toca y, santiguándolo, lo dejó por entonces.

En todo este tiempo, el herido nunca habló. Y, al otro día, a aquella hora, el bendito padre le fue a curar. Estando curándolo, el herido habló diciendo tan solamente: “Oh santa María, ¿de dónde vengo?”. Y perseverando el bendito padre en curarlo, no cesó de curarlo hasta que habló perfectamente y hasta que lo sanó del todo. Al cual sanó del todo en el espacio de ocho días; y ahora vive y está vivo.

Sobre esto dijo el cirujano, que era judío, que aquella cura no se había hecho por obra de hombre ni por vía de la naturaleza ni la medicina podía sanarlo, sino que se había sanado milagrosamente y que Dios lo había sanado de modo sobrenatural por méritos de aquel bendito padre. Y dijo que obra tan maravillosa le compelia a hacerse cristiano. Y de estos milagros dio fe el dicho Martín de Castrillo, hermano del bendito padre fray Juan de Sahagún... Y afirmó que vio viva a su hija, que era muerta sin duda alguna, y después la casó. Y que vio muerto al dicho Juan García y después lo vio vivir y vivió por muchos años. Lo cual juró y firmó de su propia mano en nuestra presencia. Yo lo firmé juntamente con él²⁵.

²⁵ Ib. pp. 66-67.

El padre Juan de Sahagún terminó su período de Prior de Salamanca en 1473. En el Capítulo de Salamanca del 25 de mayo de 1473 salió definidor (consejero) provincial. Por este tiempo se cuenta el famoso suceso del pozo amarillo, como así se llama a la calle donde tuvo lugar. Resulta que un niño había caído en un ancho y profundo pozo sin que su desconsolada madre pudiera hacer nada por salvarlo. Los gritos de la madre se oían por todo el contorno, cuando nuestro santo estaba cerca. Se dirigió al lugar a ver qué pasaba y la madre se le echó a sus pies para pedirle que hiciera algo por su hijo. Fray Juan trató de consolarla y se dirigió al brocal del pozo. Alargó la correa con que se ceñía el santo hábito y, entonces, el agua del pozo empezó a subir hasta la superficie con el niño a flote, quien se agarró a la correa y pudo salir sano y salvo de una muerte segura.

La madre no cabía en sí de gozo y empezó a gritar: *Milagro, Milagro*. La gente que se había acercado estaba admirada y todos querían besar la correa del milagro y el hábito del santo, deseando llevarse pedazos como reliquia. Algunos empezaron a gritar: *Santo, Santo*. Otros: *Milagro, Milagro*. Fray Juan, no sabiendo dónde esconderse, comenzó a correr hacia la plaza inmediata, donde tomando una canasta de sardinas vacía se la echó a la cabeza y, corriendo, gritaba: *Al loco, al loco*. Y así pudo escapar de la turba, seguido de un grupo de muchachos.

Con el tiempo se ensanchó la calle y hubo de retirarse el brocal del pozo del milagro, pero en ese lugar se colocó una piedra que imita la boca de un brocal y sobre ella un gran cuadro en relieve en piedra, donde aparece el santo sacando del pozo al niño, con su madre al lado, y con una inscripción donde se relata el milagro.

Fueron tantos los milagros que hacía por caridad que la gente acudía a él constantemente para pedirle ayuda y oraciones. De modo que el Prior le ordenó, en virtud de santa obediencia, que se abstuviera de hacer milagros con tanta frecuencia.

Esto fue para él algo muy doloroso. Tener que obedecer, cuando su alma caritativa sentía el dolor de la gente. Cierta día, trabajaba un albañil en la construcción de una casa y se cayó del andamio, gritando: *Válgame fray Juan*. Lo oyó el santo que pasaba por allí y le dijo: *Espera un poco, que voy a pedir licencia al Prior*. Y mientras llegó con el permiso del Prior, el albañil se mantuvo colgado en el aire, bajando después suavemente. Este milagro lo hizo más famoso si cabe, y fue transmitido de generación en generación. De modo que el año 1891, en que escribe su biografía Monseñor Tomás Cámara y Castro, todavía lo contaba la gente como algo histórico.

ODIOS Y VENGANZAS

El mismo año que fray Juan hizo su profesión solemne, en 1464, hubo un suceso que cambió sustancialmente la vida de la ciudad de Salamanca. Si ya antes había discordias y peleas entre distintos caballeros, a partir de ese año las luchas se intensificaron de tal modo que la ciudad se dividió en dos bandos contrapuestos. Cada uno tenía su territorio de acción. En medio, había un parque en el que crecía la hierba, porque nadie se atrevía a pisarlo por temor a ser asesinado. Ambos bandos tenían su propia parroquia para ir a la iglesia. Y san Juan de Sahagún tuvo que estar entre ambas partes, predicando e invitando a la paz, lo que le costó el trabajo arduo y agotador de más de once largos años.

Pero veamos lo que sucedió. Había en la ciudad dos importantes familias; los Monroy y los Manzano. Doña María de Monroy había quedado viuda con dos hijos: Pedro de 19 años y Luis de 18. Estos jóvenes tenían amistad con dos hermanos (Gómez y Alonso) de la familia Manzano. Un día, estaban jugando los dos hermanos Manzano con el menor de los Monroy y llegaron a echar mano de las espadas, matando al joven Monroy. Entonces, temiendo que Pedro, el hermano mayor de los Monroy, se pudiera vengar, lo invitaron a jugar y lo mataron a traición. Los Manzano, temiendo a la justicia, huyeron a Portugal.

La madre de los asesinados no lloró en su entierro. Y, después de sepultarlos, se fue a Villalba, donde escogió 20 escuderos bien armados y se fue con ellos a Portugal a matar a los dos hermanos Manzano para vengar la muerte de sus hijos. Envió por delante espías para saber dónde se encontraban y, cuando lo supo, se fue con su gente durante la noche a la posada. Con una viga grande, los escuderos echaron abajo las puertas. Diez quedaron guardando las puertas y ventanas exteriores y diez entraron con ella a buscar a los Manzano.

Dice Alonso de Maldonado: *Los Manzano, cuando los vieron ante sí, comenzaron a pelear y a llamar en su ayuda a los del lugar, de manera que la cosa se hizo tan animosamente que los portugueses, por prisa que se dieron, no llegaron a tiempo, porque las cabezas de los Manzano, cuando ellos llegaron, ya estaban en la mano izquierda de doña María de Monroy. Ella y los suyos cabalgaron aprisa en sus caballos y se fueron, llegando a Salamanca a mediodía. Se fue directamente a la iglesia donde estaban enterrados sus hijos y puso las cabezas que traía sobre sus sepulturas; y de ahí se vino a su casa. Gran espanto puso este hecho en toda la tierra*²⁶.

²⁶ Cámara y Castro, o.c., pp. 118-120.

Todos los historiadores están de acuerdo en lo esencial de la narración. Y, desde ese día, a doña María la llamaron *doña María la Brava*; y la lucha entre ambas familias se hizo a muerte. El rey Enrique IV intervino, castigando a los hermanos Manzano, confiscando sus bienes, según provisión dada en Madrid el 28 de marzo de 1465.

Tanto los Manzano como los Monroy procuraron poner de su parte al mayor número de partidarios. Los Manzano pertenecían a la parroquia de san Benito y lo Monroy a la de santo Tomé. Por eso, se les llamó a sus partidarios benitos o tomasinos. Y era tanto el odio que se hicieron coplas, que corrían de boca en boca.

Todo son armas, todo espantos,
afrentas, voces, injurias,
venganzas, asombros, furias,
heridas, muertes y llantos.

A san Benito venían
los Manzanos orgullosos
y los Monroyes briosos
a santo Tomé acudían.
Cada cual con su divisa,
el sitio amigo conserva
y en la plaza nace yerba,
porque ninguno la pisa.

He ahí la gran tarea que le esperaba a nuestro santo. Él era el predicador oficial de la ciudad y se sentía obligado en conciencia a predicar la verdad a cada uno, sin temor a las amenazas, y predicar en ambos bandos la paz y la concordia. Tarea ardua y difícil, pero no imposible, en la que tuvo que soportar muchas incomprendiones y sufrimientos.

PREDICADOR DE SALAMANCA

Aquellos eran tiempos muy difíciles. Y él se propuso predicar a tiempo y a destiempo, como dice san Pablo. Predicaba en calles, plazas e iglesias. Recorría diversos pueblos de la provincia y visitaba las casas de los cabecillas para exhortarles personalmente a la concordia y a la paz. ¿A cuántos salvaría de la muerte? El padre Sevilla asegura: *Era estorbador de guerras y de males en tanto*

*grado que, hallándose en la ciudad de Salamanca en tiempo de los bandos, estorbó muchas muertes de hombres y muchos males que se causarían si él no los estorbaba. Esto me lo contaron y afirmaron y oí decir a unos caballeros de Salamanca*²⁷.

*En sus predicaciones era tan grato que concurrían a su predicación todas las gentes. Tanto era dulce en su predicación que tenían por proverbio decir: “Vamos a oír al fraile gracioso”. Y tenía tanta audacia en su predicación que osaba (se atrevía) decir la verdad en los tiempos y lugares que convenía y guardando las circunstancias que conviene a los predicadores, en tal manera que no temía muerte ni amenazas ni otro peligro alguno. De esto podrán dar testimonio infinitas personas, que hoy viven y que le oyeron predicar*²⁸.

Y a la vez que predicaba, se dedicaba también al apostolado del confesionario. El padre Sevilla dice: *Los que se confesaron con él son sin número, jamás quería absolver a ninguno sin que primero restituyese lo que tenía mal habido. Y, si no lo podía restituir, él mismo trabajaba para que se lo perdonasen o lo pedía en limosna... A los caballeros no quería confesarlos sin que primero despidiesen y lanzasen de su casa... a los rufianes y malhechores. Lo cual criticaron muchos, especialmente me lo certificó un caballero que, a la sazón de los bandos, era muy bandero, que se llamaba Rodrigarias y vivía en Salamanca*²⁹.

Y no sólo predicaba y confesaba, también visitaba enfermos, viudas y personas necesitadas para consolarlas y darles limosnas. Pero, sobre todo, hacía mucha oración personal, pasando muchas horas de la noche en oración en la iglesia, pidiendo por la paz. Hacía muchas penitencias, ayunando y dándose disciplinas. Monseñor Cámara y Castro afirma que, después de cien años de su muerte, *todavía se recordaban las penitencias y mortificaciones con que a la sazón afligía su cuerpo, principalmente teniendo una cama de manojos (de ramas) y la cabecera de piedra así como sus maestrías (disimulos) para que nada de extraordinario se advirtiese ni aún por el mozo que le asistía, llamado Juan Díez de Santillana*³⁰.

San Alonso de Orozco dice: *Su oración era muy continua y sus vigiliass muchas y trataba ásperamente su cuerpo con muchas disciplinas*³¹.

²⁷ Sevilla, o.c., p. 62.

²⁸ Ib. p. 62.

²⁹ Sevilla, oc., p. 62.

³⁰ Cámara y Castro, o.c., p. 89.

³¹ Orozco Alonso de, *Vida del padre fray Juan de Sahagún*, en crónica de san Agustín de los santos y beatos y doctores de su Orden, Ed. Fundación universitaria española, Madrid, 2001, p. 197.

También celebraba la misa con fervor, ofreciendo la víctima divina por la salvación de todos los que Dios le había encomendado y, más concretamente, por aquellos que estaban en discordia y se odiaban a muerte.

En la predicación no sólo predicaba la paz, también corregía los escándalos y malas costumbres. Ya en aquellos tiempos había mujeres que iban con vestidos muy escotados, causando escándalo y ocasión de pecar. Sus predicaciones se estrellaron contra la vanidad y liviandad de algunas de ellas, que no aceptaban sus críticas. Un día, en pleno sermón, levantaron una gran gritería y de las malas palabras quisieron pasar a las obras, tratando de apedrearlo. Pero pudo ser protegido por algunos hombres que lo escoltaron hasta su convento. De estas mujeres, había dos especialmente maliciosas. Una murió al día siguiente a manos de su marido. Y la otra mató a su padre y la llevaron la cárcel, donde al poco tiempo fue ahorcada por la justicia. Estos hechos no pasaron desapercibidos y la gente comentaba que habían sido castigadas por Dios.

Pero los frutos de sus prédicas eran inmensos. Dice san Alonso de Orozco: *Hasta ahora viven personas ancianas que le conocieron y oyeron predicar... Él convirtió muchas mujeres perdidas, las cuales hicieron penitencia y acabaron la vida en santo propósito. Volvió al camino de la verdadera cristiandad a muchos mancebos que no se acordaban apenas de Dios y de la cuenta que les esperaba tan estrecha en la muerte. En todos los estados hizo gran fruto*³². Y Dios lo cuidaba y lo defendía de los peligros.

SALVADO POR DIOS

Declara el padre Sevilla: *Me informaron ciertos caballeros que se hallaron presentes en una predicación que hizo en Alba de Tormes en presencia del señor don García de Toledo, que a la sazón vivía y era duque de Alba. En su predicación fue tan riguroso contra los señores que tenían vasallos y estaban obligados a restituciones, y favorecían y sustentaban y defendían a los malos hombres; y molestaban a sus vasallos y los tiranizaban y los robaban y sustentaban los bandos. Porque en aquel tiempo que predicó había tales y tantos caballeros que vino bien a propósito su predicación y se cree que aprovechó mucho allí en su predicar. Y dijo tales y tantas cosas y tan recias que, aunque las decía guardando las circunstancias, tanto las tomó el señor duque por sí que se indignó mucho contra él.*

³² *Ibidem.*

Y, después de la predicación y que la misa se acabó, le salió el duque con los caballeros a hablar a las visitas de su casa o corredores que salen sobre el río Tormes. Y estando allí delante todos los caballeros y gentes que le acompañaban, mandó llamar al bendito padre fray Juan de Sahagún. Y venido delante del señor duque, éste le dijo delante de todos: “Padre, bien habéis dado licencia a vuestra lengua y habéis estado en vuestra predicación descortesmente”. Y le dijo muchas palabras enojosas con mucha indignación, en tal manera que me certificaron los caballeros que tan indignado estaba y con tanto enojo que le veían lanzar espumas por la boca y andar paseando por los corredores... Y temieron que lo lanzara por los corredores abajo y lo despeñara.

Entre otras palabras, el duque le dijo estas palabras formales: “Ahora vos, padre, no tenéis rienda en vuestro hablar ni castigáis vuestra lengua. No será mucho que os castiguen cuando por los caminos menos pensares”. Y, dichas estas palabras, según me dijeron los caballeros, el padre Juan respondió al duque casi por modo de pregunta, como quien pregunta de forma graciosa: “Señor, ¿quién me ha de salir al camino? Yo os prometo que con este breviario le daré tantos golpes que él tendrá por bien librarse de mis manos”. Y lo dijo con tanta gracia que a todos hizo reír. Y volvió a decir con mucha audacia: “Señor, ¿para qué subo al púlpito a predicar? ¿Para decir la verdad o para decir lisonjas y complacer a los oyentes? Sepa vuestra señoría que al predicador conviene hablar la verdad y morir por ella, reprender los vicios y ensalzar las virtudes”.

Y diciendo estas palabras y muchas en favor de la predicación, se despidió del duque en la mejor forma que pudo y se fue con su compañero fray Pedro de Monroy, pariente de los Monroyes de Salamanca. Comieron y, después de comer, tomaron su camino para Salamanca. Llegando a la mitad del camino, en un llano y despoblado, vio el padre fray Juan venir a dos escuderos a caballo con sus lanzas y espadas que venían hacia ellos. Cuando los vio, dijo a su compañero: “Hermano Pedro, ves venir a esos caballeros con la mala forma que vienen. Tentarnos querrán de paciencia. Mas si Dios está con nosotros, ¿quién nos hará mal?”.

El compañero se echó en la manga media docena de piedras. Pero el bendito padre Juan le dijo: “Hermano Pedro, tú no eres un buen fraile. ¿Conviene a los frailes dar mal por mal y defenderse? De aquí no pasaré si no lanzas de ti esas piedras. Anda, que Dios peleará por nosotros”... Y llegando los caballeros como a un tiro de piedra antes que llegasen a los padres, páranse los caballos y, por más espaldas y violencias que les hacían, no querían avanzar. Comienzan los caballos a temblar y sudar y tan bravamente que mostraban sentir y tener gran temor. Y, viendo los caballeros padecer así a sus caballos,

cayó en ellos mismos tan gran espanto y temor, con mucho terror, que comenzaron a temblar y temer que parecía que se querían morir. Y sintiendo esto, tomaron por remedio de confesarse y pedir socorro a los padres y decir su culpa y pedirles perdón.

Ellos dijeron que eran enviados por el duque de Alba para que los apaleasen y matasen a palos y como viniesen con ganas de cumplir la voluntad del duque, su señor, llegando a aquel lugar, los caballos se pararon... y viendo a sus caballos temer y temblar, cayó sobre ellos tan grande espanto y terror que comenzaron a temblar que parecía que se querían morir y que no tenían ya esperanza alguna de vivir. Y como personas que ya del todo desconfiaban de su vida, tomaron por remedio encomendarse a ellos y de confesarse y decir su culpa y pedirles perdón... con el propósito que, si Dios los perdonaba y les daba la vida, nunca más harían otra tal culpa ni obedecerían tales mandamientos. Y el padre Juan les dijo: “Hermanos, aquel que os libró de caer en tal culpa y a nosotros nos libró de vuestras manos, os perdone y os libre del peligro en que estáis y os deje volver libres y sanos a vuestras casas. Guardaos de hacer semejantes cosas. Y temed a Dios para que no caigáis en su ira. Id en paz y decid al señor duque lo que os ha acaecido en este camino”.

Y luego ellos y los caballeros volvieron a sus fuerzas y se fueron a Alba de Tormes, donde estaba el duque; y hallaron al duque con tanta pasión y temblor que pensaba perder la vida. Y llegaron los caballeros y le contaron todo lo que les había acontecido en el camino. Entonces el duque conoció que de allí le había procedido la pasión y temblor. Y mandó partir para Salamanca y para nuestro convento para que tomasen sin tardanza consigo al padre fray Juan y le fuese a ver, porque entendía de tener remedio con su venida...

Llegados a donde estaba el duque y viendo el duque al bendito padre fray Juan, luego se fue hacia él y se hincó de rodillas delante de él y con lágrimas le pidió perdón y le rogó que rogase a Dios por él, culpándose mucho y proponiéndose enmendar y le rogó muy afectuosamente que en adelante tomase cargo de predicarle y le reprendiese sus culpas y males y le pusiese en camino de salvación.

El padre fray Juan, haciéndole muchas exhortaciones y quedando muy amigos, se despidió del duque y de la duquesa, la cual, entre muchas limosnas, le dio al padre fray Juan de Sahagún un zamarro y unos dos pares de corporales con sus paliás buenas, las cuales yo guardé (padre Sevilla) después que Nuestro Señor lo llevó a la gloria.

*Y no solamente le acaeció este peligro y afrenta con el señor duque de Alba, padeció otras muchas afrentas semejantes y peligros con otros muchos señores grandes y pequeños*³³.

En otra oportunidad, fue a predicar a Ledesma, ciudad que está a unos 34 kilómetros de Salamanca, donde iba de vez en cuando. En esta ciudad dominaban unos caballeros e hijosdalgo que abusaban de los campesinos. Y además vivían licenciosamente, malgastando lo que en justicia pertenecía también a los colonos.

Fray Juan de Sahagún no podía callarse de decirles su verdad a aquellos caciques que explotaban a sus empleados. Un día, predicando en la iglesia de santa María, denunció esos desmanes y los prepotentes caballeros lo acusaron al gobernador Don Gonzalo del Mercado, tío del duque de Albuquerque, consiguiendo que lo expulsara de la ciudad sin darle alimentos ni dejarle descansar y llenándolo de insultos. Él salió contento de poder sufrir algo por Cristo. Con el tiempo, estos caballeros se arrepintieron y pidieron humildemente perdón ante el sepulcro del santo en Salamanca.

San Alonso de Orozco dice que, según los testigos del Proceso, *no solamente le libró el Señor de las manos de los que le perseguían, sino también de peligros graves que le acaeció en el camino. Una vez, pasando, no lejos de Bejár, por un río muy crecido, la mula que era flaca, tropezó en unos guijarros casi a la mitad del río y el santo se cayó al agua. Todos pensaron que se ahogaría, pero salió a tierra sin problemas. Lo que más admiró a todos fue que salió con el hábito seco. En otra ocasión, viniendo de predicar en Alba de Tormes, cayó al río Tormes, yendo cinco o seis tiros de ballesta debajo del agua, pasando por tres paradas de aceñas (molinos) y salió derecho sano y los hábitos secos, como si no cayera en el río*³⁴.

LA PAZ

Por fin, el año 1476 tuvo lugar el deseado acuerdo de paz entre las familias en guerra. Los principales caballeros de los bandos contrarios hicieron juramento público de aceptar la paz. Firmaron un documento extenso en el que, entre otras cosas, se dice: *Deseando el bien y la paz y sosiego de esta ciudad y, por quitar escándalos, ruidos, peleas y otros males y daños entre nosotros, y para ayudarnos a hacer buenas obras unos a otros, queremos y prometemos de ser todos de una parentela y verdadera amistad; y ayudarnos como verdaderos*

³³ Ib. pp. 62-64.

³⁴ Vidal, o.c., libro I, cap. XXVIII, p. 63.

*parientes y amigos y confederados todos unos y de una parentela y confederación y amistad y concordia ... Las diferencias o injurias que pudieran surgir entre los conciliados se atajen pronto; y, consumados los hechos, se fallen por el dictamen de los jueces que más abajo se nombran: Hernando de Fontiveros y Pedro de Acevedo... Y los que aquí firmamos nuestros nombres y cada uno de nosotros juramos a Dios y santa María y a esta señal de la cruz y a las palabras de los santos Evangelios, y hacemos solemne voto a la casa santa de Jerusalén, del cual queremos que no pueda ser absuelto cualquiera que lo contrario hiciere*³⁵.

Todavía en Salamanca se enseña la casa donde se hicieron las paces de los bandos. Fue al cabo de la calle de san Pablo en la vivienda de Álvaro de Paz, Deán de Salamanca, la cual cedió el Cabildo y fue llamada en antiguos documentos *Casa de las Batallas* y que, después, se llamó *Casa de la Concordia*. Actualmente, se conserva la fachada con la inscripción: *Ira odium generat, concordia nutrit amorem* (La ira engendra odio, la concordia nutre el amor)

SU MUERTE

El año 1476 se firmó la paz. El 22 de abril de 1477 fue elegido definidor provincial y Prior de Salamanca nuevamente, en el capítulo celebrado en el convento del Pilar de Arenas. Sin embargo, se sabe que se dedicó mucho a la predicación, dejando el gobierno de la casa prácticamente al vicedprior. Su fama de predicador era muy grande y todos, incluso sus antiguos enemigos, lo estimaban. Concretamente, el duque de Alba le pidió que fuera su director espiritual y estaba agradecido por algunos milagros que había realizado en favor de su familia.

Fray Juan murió, por decir la verdad, mártir de Cristo. Un día, estaba predicando en la iglesia de san Blas contra el pecado de impureza y el escándalo de los amancebados, que vivían en concubinato. Un gentil hombre, joven, se decidió a dejar a su concubina; pero ella, lastimada en su orgullo, cegada por su pasión, se llenó de rencor contra el santo y determinó vengarse de él, lanzándole una grave amenaza: *Me habéis quitado a quien yo tanto quería, pues yo haré que no acabéis el año*³⁶.

Dice el padre Sevilla: *Creemos por cierto y en verdad que lo mataron por ello* (por predicar la verdad), *dándole en su comer con que muriese. Esto afirmo*

³⁵ Cámara y Castro Tomás, o.c., pp. 180-183.

³⁶ Cámara y Castro, o.c., p. 196.

ser así, porque oí decir a muchos que habían oído a una persona cuyos vicios él perseguía que juraba que ella haría que no cumpliera el año. Así fue, pues murió secándose todo con señales que todos afirmaron que le habían dado con que muriese³⁷.

San Alonso de Orozco dice al respecto: *Los médicos que le curaban afirmaban que aquella enfermedad le había venido por haberle dado algunas cosas ponzoñosas a comer. Esto decía por grandes señales que en la enfermedad veían.* Por ello, san Alonso de Orozco lo considera un mártir. Mártir de la predicación.

Murió el 11 de junio de 1479 en el convento de san Agustín de Salamanca. Su cuerpo fue colocado en una litera en la iglesia, a la vista de todo el pueblo. Acudió toda la ciudad, queriendo llevar por reliquias pedacitos de su hábito. Un testigo del Proceso jura que estuvo muy tentado de arrebatarle un dedo. Previendo estas cosas por la gran concurrencia de fieles, los religiosos levantaron su cuerpo y lo llevaron a la capilla mayor, defendida por una reja cerrada con llave.

Su amigo, el canónigo Juan Hernández de Segura, atestiguó que de su rostro salían muchos rayos de luz. El mismo día de su muerte cayó abundante lluvia sobre los agostados campos de Salamanca, como una manifestación patente de Dios.

Su cuerpo fue enterrado debajo del coro del convento de san Agustín de Salamanca. Y durante los diez primeros años hubo muchas personas que continuamente iban a visitar su tumba para obtener gracias y bendiciones, y muchos enfermos eran sanados. Pero nadie se preocupó de escribir las curaciones ni tomar nota de esas maravillas obradas por su intercesión. Al cabo de diez años de su muerte, siendo Prior del convento el padre Juan de Sevilla, tomó en serio tantos milagros de que hablaba la gente y reconoció que se estaba cumpliendo su profecía de que, después de diez años, predicaría mejor de lo que lo había hecho con sus sermones. El padre Sevilla, como testigo presencial, quiso anotarlos y certificarlos con la presencia de tres notarios públicos y la firma de quienes eran sanados.

³⁷ Sevilla, o.c., p. 64.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Dice el padre Sevilla: *Lo llevó el Señor a su santa gloria el once del mes de junio, día de san Bernabé apóstol, en cuyo fallecimiento luego quiso nuestro clementísimo Dios mostrar por él sus maravillosas obras; hacía mucho tiempo que no llovía y hacían muchas plegarias y procesiones, pidiendo agua. Y luego que este bendito padre falleció, en aquella hora misma, envió nuestro Señor tanta abundancia de agua sobre la tierra que todos los de la ciudad decían a una voz: “El padre de Sahagún ha conseguido de Dios esta agua”. Y como todos lo tuviesen por santo, después que falleció y lo enterraron en una sepultura que está debajo del coro del convento, luego las gentes seglares en sus enfermedades y tribulaciones venían a su sepultura a encomendarse a él; y siempre iban consolados, de forma que se iba poblando y adornando su capilla y sepultura de pañuelos que traían... los que con su tierra (de la sepultura) se habían sanado así de fiebres como de otras enfermedades.*

Y esto duró por espacio de nueve o diez años que continuamente Nuestro Señor, por mérito de este bienaventurado padre, sanaba a muchos así quebrados como de calenturas, como de otras enfermedades...

Acaeció un día que, siendo yo Prior del mismo convento, un sábado, víspera de los apóstoles san Pedro y san Pablo, a 28 de junio de 1488, estando yo en el coro con los religiosos, diciendo Completas y diciendo el primer salmo, vino a mí el portero, que era Hernando de Salamanca... lanzando lágrimas de sus ojos y me dijo estas palabras: “Padre, allí os llaman con mucha prisa que está toda la iglesia llena de gente, dando voces para que usted vaya allá”. Dejé el coro y salí a la iglesia con ciertos religiosos, y hallé la iglesia llena de gente y me fui hacia ellos y vi una doncella en medio de ellos llamada Beatriz, hija de Juan de Cuerva y de Violante de Sese, vecinos de la villa de Cuéllar, cuya edad sería de 23 años. La cual había venido de Albuquerque con una mano manca y tullida, a la sepultura del bendito padre para alcanzar sanidad. La cual entró a la sepultura y luego sanó.

Y para dar mayor noticia de este milagro..., hallándose allí tres notarios apostólicos, que se llamaban Gaspar López de Gricio, Andrés de Toro y Juan Díaz de Santillana, les requerí y pedí que me diesen fe y testimonio de aquella obra tan maravillosa que Dios había obrado con aquella doncella. Y luego ellos tomaron juramento a la doncella, haciendo las diligencias que para saber la verdad convenía y que manifestase toda la verdad de lo que sabía. Ella dijo... que, estando en la fortaleza y castillo de Albuquerque con Quiteria de la Cueva, hija de Sancho Pérez de la Cueva, alcalde a la sazón de la fortaleza, a 19 de octubre del año 1487, le dio un gran dolor en la mano izquierda, de lo cual

quedó la mano manca y cerrada en tal manera que no la podía abrir, de forma que los dedos se le lanzaron por la carne y le cortaban la palma según iban creciendo. Se le quedó en ocho días la mano tan negra y fea y con tan mal olor que no se podía aprovechar de ella (moverla). Y los físicos que por mucho tiempo la trataron... decían que aquel mal era sin remedio y que sólo Dios lo podía sanar y no otro alguno y así la dejaron sin esperanza de sanar...

Y, estando también sin remedio le hija del alcalde de la fortaleza, mandó su padre un paje a Salamanca para pedir un poco de tierra de la sepultura del santo. Yo (padre Sevilla) vi al paje y estuvo conmigo y yo le mandé dar de la tierra del padre de Sahagún. El cual paje llegó con la tierra y luego la echaron a la hija del alcalde y a otros y sanó a la hija del alcalde y todos los otros enfermos. Y como la doncella vio que Dios sanó a todos aquellos enfermos, luego prometió con mucha devoción venir a la sepultura del bienaventurado padre y así lo puso en obra, llegando a la ciudad de Salamanca el miércoles 25 de junio del presente año (1488). Y el sábado, víspera de los apóstoles san Pedro y san Pablo, a la hora presente, vino a nuestro monasterio y metió la mano y todo el brazo en la sepultura y, teniéndola así, rezando 33 padrenuestros y otras tantas avemarías... le vino un gran ardor por el brazo abajo hasta la mano y sacó la mano sana, libre, blanca y hermosa sin fealdad alguna. La cual mano yo vi sana y tal cual se dice y todos lo vieron cuantos quisieron.

Y le quedó una señal en la palma que las uñas le habían hecho en la misma palma. Fueron testigos de su enfermedad y de su sanidad el bachiller Alonso de Algana, su físico que curó a la misma doncella, un hermano de la misma doncella, llamado Juan Manuel, y Guiomar de la Torre e Inés de Olivares, que vinieron con ella a la sepultura, más los tres notarios apostólicos que dieron fe de esta obra tan maravillosa. Lo cual, visto y bien examinado, hice tañer la campana en clamor y cantar "Te Deum laudamus" en hacimiento de gracias por tanto beneficio...

Otro día, estando todos en la capilla, vino la mujer de Gonzalo Molinero sobre una acémila entre ciertos costales de paja con sus almohadas. Y vimos ciertos hombres que la traían...Tenía una pierna quebrada y venía tal que no podía ir de un lugar a otro sin que la ayudasen. Y cuando la llevaban, era con mucho dolor y pena. Preguntada, dijo que, para venir a la sepultura del bienaventurado padre Juan de Sahagún, se había confesado y comulgado. Y luego, delante de todos los que allí nos hallamos, la metieron en la sepultura del bendito padre. Y luego, de inmediato, salió sana y libre como si no tuviera mal alguno. Y todos la vimos andar sana y libre por sus pies delante de infinita gente que estaba en la iglesia. A la cual, hicimos entrar en la capilla y cerrarla hasta

*tomar testimonio en presencia del señor administrador y de los notarios sobredichos con sus testigos, según está tomado por testimonio*³⁸.

Entre otros muchos milagros, que se hicieron en la sepultura del bienaventurado fray Juan de Sahagún, vino a ella un Bernal Soguero, que hacía 45 años que nació mudo y sordo. Entrando en ella, el martes 15 de julio de 1488, luego habló y oyó y de esto fueron testigos, Pedro de Canencia, Juan de Flores y Miguel de Madrigal. Lo cual todo pasó en presencia de los bachilleres Juan Díaz de Santillana y Gil Fernández de Tapia, notarios vecinos en Salamanca; los cuales dieron testimonio del dicho milagro, y lo firmaron y signaron de su signo.

***Vimos venir** a la sepultura una moza, que se llamaba Sancha y era criada de Juan de Salamanca, vecino de la ciudad de Zamora. La cual, jurada y preguntada, dijo que ella nació derrengada y quebrada, de modo que andaba muy feamente y con grande pena. La cual entró en la sepultura el lunes 28 de julio de 1488 y salió libre y sana de la sepultura sin mal alguno. La cual tenía 22 años y tanto hacía que estaba tullida. Fueron testigos de la enfermedad y de la sanidad, Antonio de Paredes y Alonso de Dueñas, estudiantes en Cánones en Salamanca; Bernardino, canónigo de Paredes y Catalina de Carvajal, vecina de Zamora. Lo cual pasó ante Juan Díaz de Santillana, notario y dio testimonio de ello.*

*El miércoles, 6 de agosto del mismo año, **vimos venir** a la sepultura a uno, que se llamaba Juan de Mondragón; el cual, jurado y preguntado, dijo que hacía cinco años que estaba tullido de los brazos y manos, de los pies y de los tobillos abajo, que no podía andar, salvo muy poco, y con grandes dolores y mucha pena. No podía abrir las manos ni hacer cosa alguna con ellas; ni se calzaba ni se podía vestir. Entrando en la sepultura, salió sano y libre sin mal alguno. Fueron testigos, que vieron su enfermedad y sanidad, Francisco de Vitoria, Gregorio de Mondragón, y Pedro de Mondragón. Pasó ante Juan Díaz de Santillana, notario, que dio testimonio de ello y lo vio.*

*Ese mismo día, 6 de Agosto de 1488, **vimos venir** a la sepultura del bendito padre fray Juan de Sahagún a Inés, hija de Rodrigo Alonso, vecina de las Garrovillas. La cual, jurada y preguntada, dijo que ella había nacido tullida de ambos brazos y de todo el cuerpo y de las manos, desde que naciera; que podía hacer treinta años que estaba tullida. La cual no podía hacer cosa alguna. Venida a la sepultura, los que la traían, metiéronla en ella; y entrando en la sepultura, luego salió libre y sana sin lesión alguna. De lo cual dieron fe Alonso de Villegas, Francisco de Vergara, Gonzalo y Antonio, hijos de Diego Alonso,*

³⁸ Sevilla, o.c., pp. 67-69.

mercader, vecinos de Salamanca. También Elvira Hernández, madre de la dicha Inés, y Francisco, hijo del amo del conde don Enrique, que dieron fe de todo lo sobredicho. Lo cual todo pasó, ante Juan Díaz de Santillana, notario, que fue presente a todo lo sobredicho y dio testimonio de ello y lo signó de su signo.

El miércoles 13 de agosto del dicho año de 1488, vimos traer a la sepultura del bendito padre fray Juan de Sahagún a Elena, hija de Miguel Vaquero, difunto, vecino de Fuentelapeña. La cual, jurada y preguntada, dijo que ella era tullida desde que nació, de todo el cuerpo, de las manos y pies. No podía andar salvo arrastrando las manos por el suelo. Las manos cerradas no las podía abrir. La trajeron a la sepultura unas mujeres de Badillo, tierra de Zamora, la metieron en la sepultura del bendito padre y luego salió sana y libre del cuerpo, pies y manos, con las manos abiertas y sin lesión alguna. Y dieron fe Alonso Vaquero, Rodrigo Gaytero, Juan Luengo, sus tíos, más todos los de Fuentelapeña, que la habían visto tullida y la conocían. De lo cual, dio fe y testimonio Juan Díaz, notario, y lo signó de su signo en el día y mes y años sobredichos.

El viernes 25 de julio del mismo año 1488, vimos traer a la sepultura del bienaventurado fray Juan de Sahagún, a un niño pequeño, que se llamaba Andresico, hijo de Tomé, vecino de Palencia de Negrilla, a tres leguas de Salamanca; con el cual venía el dicho Tomé, su padre, y otros muchos. Lo traían como muerto, no hablaba ni comía, ni había de él esperanza alguna.

Su padre, jurado y preguntado, dijo que el lunes próximo pasado, estando el dicho Andresico su hijo en las eras del mismo lugar de Palencia, un Alosico, hijo de Cristóbal Santos, vecino del dicho lugar, llevaba una carreta con bueyes, en la cual iban dieciséis fanegas y media de cebada, que el dicho Cristóbal Santos enviaba con el dicho su hijo Alonso al diezmo. Los bueyes se espantaron, dejaron el camino y se fueron desatinados por donde estaba el niño; lo derribaron los bueyes con los pies y una rueda de la carreta le pasó por encima del cuerpo por los pechos, haciéndole un grande cardenal. Al parecer y creer de todos cuantos lo vieron, el niño quedó muerto sin duda alguna. Y como el dicho Alonso, que traía la carreta, vio al niño muerto, se fue huyendo a la iglesia. Entonces, el dicho Tomé, padre del niño muerto, dijo al padre del que huyó, que dijese a su hijo que no huyese, que él le perdonaba. Y dichas estas palabras, encomendó al niño su hijo a nuestra Señora y al bienaventurado padre fray Juan de Sahagún. Y luego el niño, que estaba muerto, tornó en sí y abrió los ojos solamente. Y, viendo esto el padre y la madre del niño, luego tomaron al niño, que no hablaba, y lo llevaron a Salamanca, a la sepultura, y lo metieron dentro en la sepultura del bendito padre fray Juan de Sahagún. Y metido en la sepultura, luego salió de la sepultura sano y libre, sin lesión alguna.

Yo le vi andar, hablar y comer como cualquiera otro sano, como si no hubiera tenido mal alguno. Lo cual vieron infinitas gentes, que se hallaron presentes. Dieron fe de la muerte del niño y de todo lo que acaeció, Cristóbal Santos y Alonso su hijo, el dicho Tomé, padre del niño, y Juan Díaz de Santillana, notario, ante quien pasó el dicho milagro y lo signó de su signo en testimonio de verdad.

También vimos venir y traer a la sepultura del bienaventurado fray Juan de Sahagún a Juan, hijo de Pedro Fernández, vecino de Almeida, tierra de Sayago; el cual era tullido de una pierna y de cadera y brazo desde que nació. El cual, cuando andaba, traía la pierna arrastrando y no podía levantar el brazo. Lo metieron en la sepultura del bendito fray Juan de Sahagún y salió de la sepultura libre y sano sin lesión alguna. Testigos, que dieron fe de la enfermedad del dicho Juan y vinieron con él a la sepultura, y lo vieron salir sano y libre, fueron Catalina Ruiz, madre del dicho Juan; Juan Fernández, vecino del mismo lugar de Almeida, y Juan Díaz de Santillana, notario, ante quien pasó el sobredicho milagro, el cual lo firmó y signó de su signo en testimonio de verdad.

En 26 de julio de 1488, vimos traer a la sepultura del bienaventurado a Francisco el Bollón, vecino de Bustillo, aldea de Toro; el cual hacía veinte años que era cojo y tullido de una pierna y cadera izquierda, la cual tenía, tan seca y mala, que no podía andar. Llegando a la casa de nuestro padre san Agustín de Salamanca se confesó y comulgó. Ordenó su ánima lo mejor que pudo y, todo esto hecho, entró en la sepultura del bendito fray Juan de Sahagún; y luego salió sano y bueno sin lesión alguna y andaba tan libre y sin impedimento alguno, como si no tuviera mal alguno. Testigos, que dieron fe de su enfermedad y estuvieron presentes a su sanidad, fueron Pedro Sánchez, clérigo beneficiado de San Benito de Salamanca, Pedro Rodríguez, vecino de Bustillo, y otros infinitos, que se hallaron a la sazón en la sepultura. Lo cual todo pasó ante el dicho Juan Díaz de Santillana, notario, y lo firmó y signó de su signo en testimonio de verdad.

Estos y otros muchos milagros obró nuestro eterno Dios en la sepultura del bienaventurado padre fray Juan de Sahagún, por su intercesión... los cuales yo vi por mis propios ojos y daré fe de ellos cuando me fuere demandado. De los cuales, muchos fueron muy maravillosos a los ojos de las gentes.

Porque yo vi venir a la sepultura un hombre de hasta 40 años. Traía un ojo, con el cual ojo no veía nada. Lo vi entrar en la sepultura, haciendo oración, tomó un poco de tierra y la echó en la palma de la mano; echó sobre la tierra un poco de agua bendita, hizo lodo, y untóse con el lodo el ojo. Y como con el lodo

*con que se untó, le escociese el ojo, no lo pudiendo sufrir, sacó del seno un pañuelo de lienzo y se lo puso sobre el ojo. Después se quitó el paño y con el paño salió pegada toda la carne con la arista, y quedó sano y libre el ojo, con toda su vista, como si no tuviera mal alguno. Lo cual **yo vi**. Y en testimonio de esta obra tan alta, saqué un cuchillo y le corté aquel pedazo de paño, en que estaba aquella carne con su arista y lo puse con las reliquias del bendito fray Juan de Sahagún en testimonio de verdad.*

*También **vi traer** a la sepultura, **por mis propios ojos**, a un hombre que tendría hasta 50 años, alto de cuerpo, al cual traían tendido en unas andas. Hacía más de 30 años que estaba tullido de todo el cuerpo, piernas, brazos, pies y manos. El cual estaba tan yerto, que no podía mover la cabeza, ni pies, ni mano; ni volverse a una parte ni a otra. Estaba tan yerto que para meterlo en la sepultura fue necesario destablar toda la sepultura. Lo metieron en la sepultura echado y tendido en la tabla con dos sogas, unos de una parte y otros de otra. Al cual **yo lo vi** tan yerto y tan disforme y tan seco, que no tenía otra cosa sino los huesos con el cuero amarillo como cera amarilla. Yo dije estas palabras: “*Quiérome ir de aquí, indigno de ver obra tan maravillosa*”. Me fui y entré en casa. Aun no había yo entrado en el cuerpo de la casa, cuando oí dar grandes voces. Los mismos que me oyeron decir aquellas palabras, entraron en pos de mí y me hicieron volver, diciendo que saliese a la sepultura, que ya era sano el tullido. Yo, oyendo esto, salí luego allá y vi a todos, que estaban hincados de rodillas, y llorando de sus ojos. Y yo, cuando **vi sano al tullido y lo vi andar**, paseándose por la capilla, juntas las manos altas, como quien da gracias a Dios, no supe otra cosa que hacer, salvo hincarme de rodillas como los otros y con lágrimas ofrecí gracias a Dios. Lo cual **yo vi** y otros muchos, que allí se hallaron y lo puse aquí en testimonio de verdad.*

También trajeron a la sepultura un niño de 12 años, que era ciego de nacimiento y metiéronlo en la sepultura y luego vio y se fue sano.

***Vi venir** a la sepultura, a las diez de la noche, en presencia de Gonzalo de Mercado y de otros caballeros, que a la sazón se hallaron presentes, una moza de hasta 20 años, ciega de un ojo. Entró en la sepultura en presencia de todos y luego vio con el ojo sin lesión alguna; la cual fue examinada por todos y vieron cómo sanó, y **yo la vi**³⁹.*

Otro milagro, ampliamente certificado, fue la curación del padre Pedro de Mariz, natural de Coimbra, en Portugal. Estaba en Lisboa con una grave enfermedad, que él mismo describe como una melancolía extraña, habiendo

³⁹ Sevilla, o.c., pp. 68-71.

perdido toda esperanza de recuperación. Y, al ver en Lisboa tanta devoción a nuestro santo y ver tantos milagros, se encomendó a él, prometiéndole que, si se curaba, escribiría su vida, lo que hizo al verse curado *em agradecimento de tamanha merce*.

San Alonso de Orozco en su biografía del santo, escrita en 1570, escribe: *Después de muerto este santo religioso, pasan de doscientos los milagros que en su sepulcro se han visto... Pocos años ha que vimos en el mismo sepulcro sanar un hombre que tenía una pierna perdida de una saetada, y, entrando en su sepulcro, se le extendieron los nervios y venas y comenzó a correr por la iglesia... También vimos un mancebo muy enfermo que hacía buenos días que no hablaba y, entrando en este santo sepulcro, dijo el avemaría, y luego quedó sano. Estos y otros muchos milagros fueron examinados por el obispo de Salamanca y están tomados por testimonio en nuestra casa y siempre hay nuevos milagros por méritos de este glorioso santo a gloria de Jesucristo nuestro Señor⁴⁰.*

Monseñor Tomás Cámara y Castro, siendo obispo de Salamanca, cuenta que hizo su visita pastoral al pueblo de Villarino de los Aires, donde tenían en la iglesia un altar dedicado a san Juan de Sahagún, porque le celebraban su fiesta con gran solemnidad, debido a un gran milagro obrado en el pueblo. El párroco sacó del archivo un documento por el cual se demostraba que, hallándose los viñedos del pueblo plagados de pulgón, se reunió el pueblo en la iglesia el 7 de mayo de 1690, pidiendo que el Espíritu Santo les iluminara para designar un santo patrono para invocarlo y librarlos de la plaga. Introdujeron en un saco 73 nombres de santos y salió, en tercera cédula, san Juan de Sahagún.

Allí mismo hicieron voto de guardar su día y solemnizar su fiesta con procesión. Y el mismo día de la rogativa a san Juan de Sahagún, los vecinos vieron que la plaga iba retrocediendo de todos los viñedos del pueblo y se precipitaba en los ríos y arroyos. Este documento está autenticado por un notario apostólico; y reconocido por el mismo obispo de Salamanca, firmado a 8 de noviembre de 1690.

VOTO DE SALAMANCA

La ciudad de Salamanca hizo voto a san Juan de Sahagún para reconocerlo como patrono y celebrarle todos los años su fiesta el 12 de junio. El tenor del escrito es así: *En presencia de Gregorio de la Puente, escribano real y público...*

⁴⁰ Alonso de Orozco, o.c., p. 200.

en nombre del Cabildo, Justicia y Regimiento y en virtud de la Comisión especial que nos fue dada por el consistorio ordinario que se hizo el 5 de junio de 1602, pedimos al presente escribano que dé fe y decimos que el dicho día esta ciudad recibió por su patrón protector especial y abogado al bienaventurado y glorioso Juan de Sahagún..., teniendo atención a los muchos y grandes beneficios que ha recibido esta ciudad por su intercesión en vida y en muerte. Y asimismo se acordó de feriar el día de su fiesta, que es a doce días de junio con voto perpetuo para siempre jamás...

Prometemos y juramos por Dios nuestro Señor y santa María su bendita Madre y por los cuatro evangelios y la cruz, en que corporalmente ponemos nuestras manos derechas, que desde el presente día en adelante para todo el tiempo del mundo y siempre jamás esta ciudad de Salamanca habrá y tendrá por día de fiesta y feriado el que se contare doce de junio de cada año⁴¹.

El día del juramento hubo gran fiesta en la ciudad con luminarias en todas las casas, juegos de comparsas, músicas y gran toque de campanas. Este voto y juramento se cumplió estrictamente hasta 1835, año de la funesta desamortización de Mendizábal, en que fueron suprimidas las Órdenes religiosas y sus bienes confiscados.

TRASLADOS DE SUS RESTOS

El primer enterramiento del santo fue debajo del coro del convento de san Agustín de Salamanca; pero, en vista de tantos y repetidos milagros realizados, siendo Prior el padre Sevilla y, temeroso de que pudieran robarse su cuerpo, lo encerró en una arca pequeña de piedra cerca de su primera sepultura. Lo hizo con tal sigilo que solamente lo supieron tres o cuatro religiosos de los más ancianos. Al acercarse la muerte de cada uno, debía decir el secreto a otro religioso anciano. Así estuvo oculto su cuerpo durante 45 años.

El 16 abril de 1533, el padre Maestro Alonso de Córdoba, a quien el padre Sevilla le había comunicado el secreto hacía 20 años, lo manifestó. El día 24 de abril de ese año, a media noche, el padre Prior Diego de Plasencia, con otros 5 sacerdotes, dos diáconos y un hermano lego, después de componer sus huesos, los volvieron a ocultar en la misma sepultura, incluyendo en el arca un pergamino que decía: *Estas son las reliquias del bienaventurado padre fray Juan*

⁴¹ Cámara y Castro, o.c., pp. 245-247.

*de Sahagún. Y estos huesos que están alrededor son de otros santos religiosos de este convento*⁴².

El padre Pedro de Castro, uno de los presentes, escribió una crónica sobre el lugar y el estado de las reliquias. Esta crónica la transcribió el padre Vidal en su *Obra Agustinos de Salamanca*.

Con el ocultamiento de sus restos se perdió un poco la devoción al santo. Por eso, Dios envió a un piadoso religioso, padre Diego de Valderas, que enfervorizó a sus paisanos de Salamanca. Obtuvo así generosas limosnas para hacer una capilla amplia y bella. Así el 7 de agosto de 1569, con permiso del obispo, se decidió trasladar los restos del santo a un lugar más honorífico para la pública veneración de los fieles. Se sacó el arca de piedra y todos sintieron un olor celestial⁴³.

Se colocaron sus restos en un arca nueva de nogal y se llevaron al altar del crucifijo, a la parte del púlpito, fuera de la reja de la capilla Mayor. El santo Alonso de Orozco, que vivía en ese tiempo, dice: *Se va a trasladar este cuerpo santo a una capilla rica que se labra al presente en ese lugar, donde primero fue enterrado, cuando murió*.

El padre Jerónimo Román, que escribió la vida del santo en 1572, dice que el arca de nogal fue puesta en el altar del santo crucifijo que está en lo alto de la iglesia. Se incluyó en un cofre que se cerró con dos llaves; la del arca interior se dio al Gobernador del obispado y la otra, con las dos del cofre, quedaron en el monasterio; de todo lo cual hizo un Acta el escribano real Pedro Carrizo⁴⁴.

El 15 de junio de 1589 hubo un incendio en el convento. Los religiosos sacaron primero al Santísimo Sacramento y luego las reliquias del santo. Tuvieron que ir todos a vivir a la casa palacio de don Pedro de Zúñiga. Los restos de nuestro santo se colocaron en una sala baja, que hacía de capilla, donde los religiosos rezaban el Oficio divino.

Una vez reconstruido el convento después del incendio, se colocaron sus restos en un tabernáculo bien labrado con el siguiente epitafio: *Hic iacet per quem Salmantica non iacet* [Aquí yace por quien Salamanca no yace (vive)].

⁴² Cámara y Castro, o.c., p. 252.

⁴³ Ib. p. 254.

⁴⁴ Román Jerónimo, o.c., libro IV, p. 209.

No sabemos cuándo fueron trasladados sus restos al convento ya restaurado, pero para 1600 ya estaban allí, pues en ese año los reyes Felipe III y su esposa, la reina doña Margarita, visitaron la ciudad y el convento de san Agustín, donde los religiosos abrieron la urna del santo, saliendo una fragancia suavísima⁴⁵ y regalaron al rey un hueso del santo como reliquia.

El 9 de octubre de 1744, el convento sufrió otro incendio y hubo que trasladar los restos del santo a la iglesia de san Cayetano de los padres teatinos, volviendo a su convento el 17 de noviembre del mismo año.

El 21 de setiembre de 1809, ante la invasión de la ciudad por los franceses, se trasladaron precipitadamente los restos a la catedral, pues los agustinos habían sido expulsados de su convento el día 18. Estuvieron en la capilla del Cristo de las batallas hasta el 22 de febrero de 1816, en que volvieron hasta la capilla provisional del convento, establecido de momento en la casa de los Albercas, señores de Villascardo.

En 1821, por la nueva supresión de las Órdenes religiosas, fueron trasladados a la catedral y, al ser restablecidas las Comunidades en 1824, volvieron al convento. El 1 de setiembre de 1835, ante la nueva supresión de las Órdenes religiosas, se llevaron de nuevo a la catedral donde se encuentran hasta ahora y se veneran en el altar mayor, a los costados del sagrario. La urna de san Juan de Sahagún, está a la derecha o del lado del Evangelio; y la urna con algunos restos de santo Tomás de Villanueva, al lado izquierdo o de la Epístola, en la catedral nueva de Salamanca

El 7 de agosto de 1888, el Padre Cámara, agustino y obispo de Salamanca, con representantes de las Órdenes religiosas y de las autoridades civiles y eclesiásticas, abrió la urna para examinar los restos y enviar un relicario al Papa León XIII. La caja externa de hierro quedó cerrada con tres llaves: una en poder del Ayuntamiento, otra en la catedral y la tercera en poder del Prior del Escorial. Se levantó Acta del hecho.

En 1979, con motivo del quinto centenario su muerte, se abrió nuevamente la urna para ser reconocidos los restos del santo por expertos doctores en medicina, en presencia del obispo de la ciudad Mauro Rubio Repullés. Se levantó Acta de todo ello y quedó depositada el acta en la urna. Examinaron los restos los doctores Antonio Álvarez y Ricardo Vázquez, quienes, después de examinar el cráneo, dijeron que el santo había sido un hombre alto⁴⁶.

⁴⁵ Cámara y Castro, o.c., p. 258.

⁴⁶ Luna Pablo, *San Juan de Sahagún*, Ed. Revista agustiniana, Madrid, 1998, p. 76.

BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

El obispo de Salamanca Francisco Bobadilla, basándose en la biografía escrita por el padre Sevilla en 1496 y considerando tantos milagros realizados, certificados por testigos y notarios apostólicos, comenzó el Proceso ordinario de beatificación en 1525. Duró hasta 1528. Otro Proceso se realizó en 1542. El cardenal Antoniani, después de leer los testimonios del Proceso ordinario, escribió la vida del santo en latín, dando un dictamen favorable el 24 de agosto de 1600, considerando que se podía proceder a su beatificación.

El Papa Clemente VIII publicó el Breve de beatificación el 19 de junio de 1601. Las fiestas de la beatificación se celebraron en Salamanca el 12 de junio. En esta oportunidad, sus paisanos de Sahagún enviaron a Salamanca a doce caballeros jinetes, en doce briosos corceles, para competir en la fiesta con los de Salamanca. Los agustinos de Salamanca dieron dos reliquias del beato a la villa de Sahagún, una grande y otra pequeña. La grande era para colocarse en la basílica de san Benito y la pequeña en la parroquia de la santísima Trinidad de Sahagún.

Hoy día, la reliquia grande está en una urna de cristal y plata en la iglesia de Sahagún y el día de su fiesta la sacan en procesión. La reliquia pequeña parece que desapareció y ahora hay otra pequeña que entregaron los agustinos de Salamanca en 1635, y que la dan a besar a los fieles durante la novena de santo y en alguna otra ocasión.

Para la canonización, uno de los milagros aprobados fue el de Manuel del Castillo, ocurrido el día de Pascua de 1614. Estaba giboso desde hacía tres años por ruptura de la espina dorsal, a causa de haberse caído de una escalera a temprana edad. Debía andar encorvado de medio cuerpo, con una mano en las rodillas y un bastón en la otra. Su madre lo llevó al sepulcro del santo para hacerle una novena y salió curado de todos sus males y completamente sano; consolidadas las vértebras rotas y las piernas fortalecidas hasta el punto que, con el bastón en alto, corrió hasta la casa materna. Sólo le quedó como huella, un hueso levantado allí donde había tenido la giba⁴⁷.

Otro caso fue el ocurrido en 1622 a Isabel Gómez de la Roca, de 42 años, que vivía en Salamanca. Padecía un cáncer en un pecho, donde tenía un bulto muy crecido y otro debajo del brazo al costado izquierdo y cerca del corazón; los

⁴⁷ Cámara y Castro, o.c., pp. 295-296.

dos eran incurables a juicio de los médicos. Ella prefirió morir antes de dejarse amputar los dos pechos. Visitó el sepulcro de nuestro santo después de confesar y comulgar; se aplicó varias veces sus reliquias y, a la mañana siguiente, sin más medicinas, se encontró totalmente sana y libre de sus dolores. Fue una curación duradera, considerada científicamente inexplicable.

Con la aprobación de estos dos milagros, estaba ya preparado el camino para la canonización, que tuvo lugar el 16 de octubre de 1690. Fue canonizado por el Papa Alejandro VIII en unión con Lorenzo Justiniano, Juan de Capistrano, Juan de Dios y Pascual Bailón.

Las fiestas de la canonización se realizaron en los días de Navidad de 1690, porque la noticia había tardado en llegar por motivo de la guerra.

SU CULTO

Ya antes de su beatificación, la devoción a san Juan de Sahagún se extendió hasta América latina, pues con el propósito de recaudar fondos para el proceso de beatificación, fue al Perú el padre Diego Salmerón con una imagen de san Juan de Sahagún, que colocaron los agustinos de Lima en un precioso altar. Y fueron tantos los prodigios realizados por intercesión del santo que el mismo padre Salmerón le contó al padre Castelblanco que era cosa de casi todos los días de estar repicando las campanas a milagro. El padre Castelblanco en su obra *Vida y milagros en vida y muerte del bienaventurado padre fray Juan de Sahagún* pone muchos de ellos. Esta biografía la escribe en 1669, pero los milagros ocurrieron a partir de 1600.

El padre Antonio de la Calancha, famoso historiador agustino del Perú, en su *Crónica del Perú* dice que serían necesarios muchos libros para poder contar todo lo sucedido en distintos lugares. Escribe una serie de milagros sucedidos en Lima, Cuzco, Arequipa, Huamanga, Ica, Huanta... Dice que *la imagen que el convento de san Agustín de Lima tiene de san Juan de Sahagún es la que ha hecho más milagros en este reino*⁴⁸. Y sigue diciendo: *El gran fervor que el Perú tiene a san Juan Sahagún, sus milagros lo han ganado; y los beneficios que a tantos ha hecho, lo han merecido.*

En 1614 hubo una gran peste en todo el Perú. La imagen del santo fue llevada por distintos pueblos y ciudades, y Dios bendijo a sus devotos con muchos milagros. En el Cuzco, el recibimiento fue extraordinario. En

⁴⁸ Calancha Antonio de la, *Crónica moralizadora*, Barcelona, 1638, p. 683.

muchísimas viviendas se colocaba la imagen del santo. Sacaron la imagen en procesión y la peste cesó. Entre los sanados, figuran el padre agustino fray Juan de Ribera y el franciscano fray Josef, nacido en Sahagún. Al cesar la peste, el Cabildo del Cuzco lo nombró su patrono y prometió celebrar su fiesta todos los años el 12 de junio.

En Arequipa también hubo muchas curaciones; entre otros, una religiosa dominica, doña Juana Coronado, y el indígena Juan Mayta, los dos estaban tullidos y fueron sanados. El obispo de la ciudad certificó la autenticidad de estos casos después de tomar declaración a los testigos que los habían conocido. Y, agradecida la ciudad, lo declararon patrono y abogado, comprometiéndose a celebrar su fiesta cada año el 12 de junio.

Pero no sólo fue en el Perú, los agustinos propagaron su culto en otros países donde estaban de misioneros, especialmente en México, Filipinas, Colombia, Bolivia, Chile, Brasil, Uruguay, Argentina, Venezuela, Canadá, Estados Unidos y otros países de distintos continentes.

Como hemos anotado, san Juan de Sahagún es patrono especial de Salamanca, Sahagún, Arequipa y Cuzco.

REFLEXIONES

Al analizar la vida de san Juan de Sahagún nos damos cuenta de que recibió un carisma especial para predicar. Sabía predicar con gusto. Hacía atractiva la palabra de Dios, comentándola con ejemplos de la vida real y, por eso, decía la gente: *Vamos a oír al padre gracioso*. Pero en su oficio de predicador no podía andarse por las ramas. Iba directamente a lo esencial, a corregir los vicios y a ensalzar las virtudes, promoviendo siempre un cambio de vida. Por eso, tuvo que luchar mucho, visitando a las familias en discordia, y predicar a veces con duras palabras para que dejaran el odio y las venganzas para saber perdonar. Por fin, después de unos once años de predicación, oración y penitencia, consiguió que todos se pusieran de acuerdo y firmaran la paz.

Y Dios hizo milagros espectaculares para librarlo de los peligros y asechanzas de sus enemigos y para consolar a los tristes y enfermos, devolviéndoles la salud.

El padre Sevilla cuenta muchos milagros ocurridos después de su muerte en su mismo sepulcro. Muchos de ellos fueron comprobados por el mismo padre

Sevilla. Y fueron tantos que su fama se extendió hasta distintos países del mundo.

Su devoción a la Eucaristía fue extraordinaria. Celebraba la misa con mucha devoción. Como él mismo le dijo por obediencia a su Superior, veía al mismo Jesús rodeado de ángeles y hablaba con Él. Jesús en la misa le manifestaba secretos ocultos y lo llenaba de felicidad.

Fue un agustino santo que dio gloria a la Orden y a la universidad de Salamanca de la que fue estudiante y, según muchos, también profesor.

Fue un hombre bondadoso con todos. Visitaba a los pobres y a las viudas para darles limosnas. Tenía el don de la palabra, no sólo para predicar, sino para alegrar a los demás. Sus palabras no eran ociosas, pues siempre trataba de servir y hacer el bien, de enseñar y consolar. Podemos decir que fue un hombre bueno, sencillo y buen fraile. Un hombre lleno de Dios, que hablaba a los hombres de Dios y a Dios de los hombres. Su principal preocupación era siempre el bien y la salvación de los demás. Era un sacerdote auténtico, cuyo centro diario era la misa de cada día; antes de la cual, siempre se confesaba.

Y junto a la Eucaristía, no olvidemos su amor a la Virgen, por cuya intercesión sus padres lo obtuvieron del cielo y nunca fue desagradecido a su maternal protección. Siempre la invocaba con fervor, celebrando sus fiestas con especial solemnidad.

En una palabra, digamos que fue un santo agustino digno de tal nombre, que hizo el bien a todo el mundo y a quien Dios glorificó en vida y en muerte con multitud de milagros.

CONCLUSIÓN

Después de haber dado una vista panorámica a la vida de san Juan de Sahagún, contando con la garantía de su primer biógrafo, el padre Juan de Sevilla, podemos decir que realmente fue un gran santo del cual nos sentimos orgullosos. Fue un santo muy eucarístico. Fue un predicador extraordinario. Por eso, uno de sus biógrafos lo ha llamado *púlpito itinerante*.

Fue realmente un mártir de la predicación y un modelo para todos los predicadores que deben predicar la verdad en todo tiempo, viendo más la salvación de las almas que el quedar bien ante sus oyentes.

Sus grandes milagros después de su muerte, siguen diciéndonos que sigue vivo en medio de nosotros como un amigo, y que podemos invocarlo con confianza, sabiendo que seremos escuchados por nuestro hermano del cielo.

Que Dios bendiga a sus devotos con su intercesión y los anime a seguir sus pasos por el camino de la santidad.

Que Dios te bendiga y te haga santo. Saludos de mi ángel y saludos a tu ángel.

Tu amigo y hermano del Perú.
Ángel Peña O.A.R.

BIBLIOGRAFÍA

- Antolínez Agustín, *Vida de san Joan de Sahagún*, Salamanca, 1605.
- Antoniani cardenal, *Super vita sanctitate et miraculis beati Joannis a sancto Facundo*, Roma, 1600.
- Armendáriz Julián de, *Patrón salmantino*, Salamanca, 1603.
- Calancha Antonio de la, *Crónica moralizadora del Orden de san Agustín en el Perú*, Barcelona, 1639.
- Cámara y Castro Tomás, *Vida de san Juan de Sahagún*, Salamanca, 1891.
- Cambolor Luis, *San Juan de Sahagún. Su prodigiosa vida y extraordinarios milagros*, El Escorial, 1962.
- Castelblanco Simón, *Virtudes y milagros en vida y muerte del beato padre fray Juan de Sahagún*, Madrid, 1669.
- Frasinelli Paolo, *Storia della vita e miracoli del beato Giovanni di san Facondo dell'ordine di S. Agostino*, Bologna, 1619.
- García Abad Albano, *San Juan de Sahagún, fenómeno social del siglo XV*, Ed. Lancia, León, 1994.
- Gonzalez Dávila Gil, *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca (Vida de san Juan de Sahagún)*, Salamanca, 1606.
- Herrera Tomás de, *Historia del convento de san Agustín de Salamanca*, Madrid, 1652.
- López Félix, *Vida y milagros de san Juan de Sahagún*, Salamanca, 1979.
- Luna Pablo, *San Juan de Sahagún, ángel de la paz*, Ed. revista Agustiniana, Madrid, 1998.
- Mariz Pedro, *Historia do benaventurado são Joao de Sahagun, Patrão salmantino*, Lisboa, 1609.
- Orozco Alonso de, *Libro de la vida del bienaventurado san Juan de Sahagún*, Valladolid, 1570. Reeditado por Ed. Fundación universitaria española, Madrid, 2001.
- Román Jerónimo, *Chronica de la Orden de los ermitaños del glorioso Padre Sancto Augustín*, Salamanca, 1559.
- Ruiz de Vergara Francisco, *Historia del Colegio viejo de san Bartolomé*, Salamanca, 1650.
- Sevilla Juan de, *Vida del santo fray Juan de Sahagún*, Salamanca, 1496.
- Vidal Manuel, *Agustinos de Salamanca. Historia del convento san Agustín*, Salamanca, 1750.

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org